



LA FALANGE QUE QUISO SER DE LOS ROJOS-ROJOS Y DE LAS JONS

José M^a San Román
(Con introducción de Ceferino L. Maestú
y Anexo de José María García de Tuñón-Aza)

A MODO DE PRESENTACIÓN

La Falange, que empezó como un movimiento derechista y hasta de monárquicos, cuando se unifica con las JONS, recibe de éstas una aspiración revolucionaria, pretendiendo la coincidencia con las organizaciones obreras, en plena ebullición.

A Ramiro Ledesma, líder jonsista, le acompañaban hombres como Nicasio Álvarez de Sotomayor, en Madrid, o Palma, en Valladolid, procedentes de la CNT o Juan Aparicio López de orientación comunista.

En la Falange ya estaba Camilo Olcina, “treintista” de Pestaña pero, más tarde, fueron llegando Manuel Mateo y Enrique Matorras y hasta Óscar Pérez Solís, desde el PCE, así como García Vara y Matías Montero, militantes del PSOE.

Y no solo ellos, porque Juanito Orellana, Sinforiano Moldes, Guillem Salaya, Olalla, eran de la legión que llegaba, no solo por la frustración de sus partidos de procedencia, sino atraídos por el mensaje revolucionario y éticamente poético del José Antonio Primo de Rivera, de los años 1935 y 1936, que ya había roto amarras reaccionarias del pasado.

Es verdad que allí estaban, también, gentes de derechas y hasta fascistas, como Giménez Caballero, pero, José Antonio, el líder falangista, comprendió, como antes Ramiro Ledesma, que el cambio social profundo que España necesita solo podría lograrse con el apoyo de los trabajadores que vivían el espíritu de la Revolución.

Manuel Mateo le acompañó en casi todos los mítines de la campaña electoral. Y, en muchas ocasiones, en pueblos perdidos de la geografía, campesinos comprometidos con

las aspiraciones populares, compartieron su mensaje, recordando su antigua militancia izquierdista.

En gran medida, la Falange iba siendo de los rojos bien rojos, que desplazaban a los “elisendas y ansaldos”. En la Junta Política, el triunvirato de Manuel Mateo, Julio Ruíz de Alda y José Antonio Primo de Rivera se distanciaba de todos los demás.

José Antonio Primo de Rivera lo tenía claro y buscó a Indalecio Prieto y Juan Negrín, manifestó simpatías por Manuel Azaña y estuvo a punto de llegar a un acuerdo con el sindicalista Ángel Pestaña.

En este librito, aun a riesgo de error, con voluntad de acierto, trato de contar lo que fue, lo que pasó, lo que pocos saben y que hasta se ocultó.

Ceferino L. Maestú

INDICE

- I. Una derecha multicolor.
- II. Ledesma Ramos empuja hacia la izquierda.
- III. José Antonio buscó a Prieto.
- IV. Los socialistas asesinan a García Vara y a Matías Montero.
- V. La deriva izquierdista de José Antonio.
- VI. Los Falangistas de la CNT.
- VII. El acuerdo frustrado con Pestaña.
- VIII. Comunistas en la Falange.
- IX. Manuel Mateo, otro rojo rojo con camisa azul.
- X. La Falange, revolucionaria no pudo ser.
- XI. ¿Quedó algo de aquel proyecto de revolución?
- XII. Anexo Principal.- Marciano Pedro Durruti Domingo por José María García de Tuñón Aza.

I. UNA DERECHA MULTICOLOR

Como bien es sabido, José Antonio Primo de Rivera no quiso ser -dijo- ni de la Derecha ni de la Izquierda.

Es más: su propósito de participación en política, inicial, no fue otro que la defensa de su padre contra el temporal de acusaciones desatadas, en la República, que provocaron su muerte en la soledad de un hotel, en París.

El hijo del Dictador no había compartido su gestión política y, es sabido, como, en más de una ocasión, manifestó su disconformidad. Pero una cosa era la crítica de lo que hizo y otra, para su hijo José Antonio, la honradez y la buena voluntad con la que intentó sacar a España de una desastrosa situación que los partidos políticos, enzarzados, no eran capaces de superar.

Don Miguel Primo de Rivera quiso afrontar las tristes consecuencias, que aún se sufrían, de la pérdida de los últimos jirones del Imperio, y la actualidad de los catastróficos resultados de la guerra con Marruecos.

Y algo hizo bien, con el apoyo no sólo de la Derecha sino también del PSOE. Pretendía que todo el pueblo estuviera comprometido en la tarea, bajo el lema del “Paz, paz y siempre paz”, pero, evidentemente, no lo consiguió.

José Antonio recibió el apoyo de monárquicos y le propusieron ir en una candidatura, como Independiente, en las elecciones al Parlamento de la República.

El mensaje que ofrecía en 1931 no era revolucionario sino, más bien, conservador:

“Todos los españoles que sientan el deseo de exteriorizar sus aspiraciones de orden y trabajo, deben votar el próximo domingo la candidatura de José Antonio Primo de Rivera, haciendo así saber al Gobierno de España, dentro del régimen actual, que exige un cambio de conducta en la dirección de la vida pública”.

Desde la Unión Monárquica que le apoyó hasta el discurso de la Revolución, pasarían poco más de tres años, en los que estuvieron suspendidas las garantías constitucionales muchas veces.

Los pequeños partidos republicanos fueron desbordados por las sublevaciones de anarquistas y socialistas, para quienes el 14 de abril no había abierto una etapa de convivencia democrática sino la posibilidad revolucionaria que no podían desaprovechar.

La tragedia de Casas Viejas o de Castilblanco y, sobre todo, la sublevación armada de socialistas y comunistas contra el triunfo electoral de la Derecha de Gil Robles, en 1934, alentaron la evolución de José Antonio.

Ya no era la defensa de su padre lo que estaba en juego sino algo mucho más importante: España y el futuro presente del pueblo español.

La bandera que había alzado, al principio, había reunido a gentes de los más diversos colores: partidarios de su padre, nostálgicos de la monarquía, hasta fascistas de brazo en alto.

Ni el marqués de la Eliseda con Ansaldo, ni Ramiro Ledesma, le acompañaron en la evolución de sus ideas y protagonizaron escisiones importantes en las filas falangistas.

Más tarde, el fracaso electoral de la CEDA, provocó la irrupción en sus filas de una masa de jóvenes filofascistas, sin tiempo para hacerles la digestión. Solo veían que los únicos que seguían combatiendo, los que peleaban y se defendían eran los falangistas y, sin saber bien lo que pensaba y quería Primo de Rivera, se vistieron, sin más, con la camisa azul.

Fue la culminación de un fenómeno del que hubo muchos ejemplos: Fernando Meleiro, el “histórico” líder falangista de Ourense, ha contado, por ejemplo, que fue

partidario de Maura, mientras estaba en la Universidad y que, tras la proclamación de la República, se hizo albiñanista:

“Sonaban mucho los legionarios de Albiñana, allá encaminé mis pasos. Conservo - comenta en un libro de memorias - todavía, el carné y algunos recibos de afiliado al Partido Nacionalista Español, con el número 407. Tenía en su escudo un bonito lema: “España sobre todas las cosas y, sobre España, solo Dios”. Milité en él unos meses. Fue disuelto con motivo del 10 de agosto de 1932 (la sublevación del general Sanjurjo en Sevilla). Poco tiempo permanecí en activo. En septiembre -sigue narrando Meleiro- me afilié a la Acción Popular. Todavía se llamaba Acción Nacional. Todos los que no fuimos detenidos, nos metimos allí. En sus Juventudes milité, claramente, los últimos meses de 1932 y todo el 1933. Alcancé, muy pronto la jefatura de uno de los grupos de acción, del distrito (madrileño) de Buenavista. A mediados del invierno del 33, quisieron ascenderme a jefe del distrito. No acepté porque pertenecía, ya, a Falange. Mejor dicho, al MES (Movimiento Español Sindicalista), que constituía las catacumbas de la Falange”.

Hasta aquí, la peripecia política de Meleiro, que pudo ser la de muchos que, en los tiempos que precedieron a la guerra “incivil” (diría Unamuno), irrumpieron en la Falange, casi sin preguntar.

En noviembre de 1934, Fernando Meleiro se hizo “cargo de la Jefatura Provincial de la Falange de Orense”.

Durante la guerra, promovida y controlada por los militares, había falangistas que se proclamaban fascistas, pro-nazis, anti-comunistas, que ni se planteaban ni sabían del pensamiento político del Jefe nacional, encarcelado y fusilado en Alicante.

Antonio Tovar y Pedro Laín fueron detenidos porque se atrevieron a leer, en Radio Valladolid, el discurso de José Antonio en el cine Madrid, conocido, ya, como el de la Revolución. Era un texto prohibido terminantemente. Aquel José Antonio no interesaba y era peligroso.

El que sonaba mejor a los oídos de la Derecha, que criticaba a la Falange de “failangistas”, era el de la Comedia del que Paco Umbral le diría al Padre Llanos que le habría gustado la música pero no la letra.

Aquel discurso no fue de fundación sino un precedente. Un acto en el que uno de los tres oradores ha dicho, después, que no sabía bien para que había estado allí. Y desapareció.

II. LEDESMA RAMOS EMPUJA HACIA LA IZQUIERDA

El marqués de la Eliseda, Conde de los Andes, Grande de España, hombre del ex-rey Alfonso XIII, le cortó la luz a los falangistas, para echarlos del palacete de la calle Marqués de Riscal, y Ansaldo, su colega, pensó en matar a José Antonio para impulsar el “verdadero” fascismo que él no quería ser.

La salida espectacular del aristócrata y del prestigioso aviador militar, dio un respiro a José Antonio Primo de Rivera, en su evolución personal y en su proyecto político. La monarquía de estas gentes -opinó- había periclitado, y el 14 de abril de 1931 se abrieron nuevos caminos a nuevas ideas y soluciones a los problemas que los españoles debían afrontar.

Ramiro Ledesma Ramos también colaboró. Era un hombre inteligente, bien preparado, conocedor profundo de la filosofía alemana, colaborador en la redacción de la “Revista de Occidente” de Don José Ortega y Gasset, funcionario de Correos, de origen campesino

de Zamora, doctor en Filosofía y en Matemáticas. Antes casi de la caída de la Monarquía, había promovido un grupo y una revista: “La Conquista del Estado”. De ahí nacerían las J.O.N.S., Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista.

No eran muchos y algunos, como Santiago Montero Díaz o Juan Aparicio eran filocomunistas.

Si no se concibe a la Falange sin José Antonio, las JONS necesitaron y fueron lo que Ramiro quiso ser.

Ledesma Ramos, y Onésimo Redondo, que había estudiado en Alemania, estaban influidos por el nacional socialismo hitleriano. Y los dos eran figuras principales del movimiento jonsista.

Para ganar afiliación y fuerza, Ramiro pensó que debía aproximarse a la Confederación Nacional del Trabajo, una sindical de grandes alientos que había estado en la clandestinidad, durante la Dictadura del General Primo de Rivera, y que, con la llegada de la República, iba a celebrar, en Madrid, un Congreso de reorganización legal.

Los jonsistas se presentaron en el Teatro de la Comedia, vendieron un número de su revista informando de la reunión de los anarcos y sindicalistas. Vieron el debate de Pestaña y Durruti. Trataron de hacer amistad y confiaban en lograr algún resultado positivo.

De momento, Ledesma Ramos llegó a la conclusión de que aquella gente era intratable, desordenada y sin objetivos claros, pero, pasado no mucho tiempo, coincidiendo con una de las crisis cíclicas de la CNT, se pasaron a las JONS nada menos que Nicasio Álvarez de Sotomayor, que había sido Secretario de la Confederación en Madrid, Sinforiano Moldes y Guillén Salaya y alguno más que, luego, serían de la Falange, al unificarse con las JONS.

La convivencia de estos hombres, y del propio Ramiro, aportaba a Primo de Rivera actitudes ideológicas que le descubrían amplias posibilidades de penetración en el movimiento obrero.

Lo del nacional-sindicalismo no fue invención joseantoniana sino aportación doctrinal de Ramiro, concretadas, entre otras, en:

- La expropiación a los terratenientes. Las tierras expropiadas se nacionalizarían y serían entregadas a los municipios y entidades sindicales de campesinos.

Asimismo, querían un nuevo régimen económico basado en la sindicación de la riqueza industrial, reservándole al Estado el derecho a intervenir y encauzar las economías privadas.

El 3 de octubre de 1931, Ledesma Ramos justificaba la creación de las JONS, para “imponer un sindicalismo económico que refrene el extravío burgués, someter a líneas de eficacia la producción nacional y asegurar la justicia distributiva”.

Siete días después, escribía:

“Todos los que advierten el crujir de las estructuras sociales, hoy vigentes, y deseen colaborar a un régimen económico antiliberal, sindicalista o corporativo, en que la producción y, en general, la regulación toda de la riqueza, emprenda las rutas de eficacia nacional que el Estado, y solo él, indique como favorables a los intereses del pueblo... Es más, esa influencia estatal en la sistematización o planificación económica, solo se logra en un Estado de hondísima raigambre nacional.....”.

“Solo polarizando la producción en torno a grandes entidades protegidas, esto es: solo en un Estado sindicalista, que afirme, como fines suyos, las rutas económicas de las corporaciones, puede conseguirse una política económica fecunda. Esto -comentabana- nada tiene que ver con el marxismo.....”.

Y en la revista JONS de noviembre de 1933 proseguía:

“Nosotros sabemos que lo de menos es mostrarse partidario de eso que se llama Estado Corporativo y soñar con su instauración y triunfo. Ese hallazgo, por sí solo, se convertiría en una meta tan invisible y fofa como es, para los anarcosindicalistas su pintoresco comunismo libertario....”.

En “La Conquista del Estado”, ya había aclarado mucho más, su posición:

“Mientras se adscriba al individuo, como un aditamento sagrado, un dominio absoluto de las riquezas, nada se podría hacer. De ahí que surja la necesidad de que los fines de la producción superen las conveniencias individuales y se conviertan en objetivos del pueblo. Las economías privadas dejan, pues, paso a las economías nacionales y estas alcanzarán una prosperidad segura, sometiéndolas a disciplina de esfuerzos y del sistema.

Para no dejar dudas, Ramiro Ledesma, en su “Discurso a las Juventudes”, declaraba:

- “En España hay una necesidad insoslayable y es la de traspasar al Estado la responsabilidad y la tarea histórica de ser, él mismo, quién, sustituyendo al capital privado o valiéndose de este como auxiliar obligatorio a su servicio, incrementa la industrialización, con arreglo a la naturaleza de nuestra economía...”.

Quienes estudien, a fondo, el pensamiento de José Antonio, encontrarán tan serias diferencias con las ideas de Ramiro que explicarían, por sí solas, la ruptura de ambos.

La economía de dirección central, característica del leninismo marxista, dándole al Estado plenas competencias en ese ámbito, casi como quería Ramiro, choca con la concepción joseantoniana que descarta de ellas al Estado para cederlas a organizaciones sociales.

Cuando Ledesma Ramos y Nicasio Álvarez de Sotomayor deciden separarse, “fuera de la órbita de Falange Española y de la disciplina de su Jefe, José Antonio Primo de Rivera” no fue solo para “afianzar - como decían - el carácter nacional sindicalista revolucionario, que nos ha distinguido siempre”, sino por la existencia, entre ellos, de profundas diferencias doctrinales.

Santiago Montero Díaz, ex consejero de las antiguas JONS, y que se opuso a la unificación con Falange, había escrito a Ramiro:

- “La esencia misma de la Falange es derechista y esa esencia se conservará, a pesar de la unión. Y se impondrá, por desgracia.....”.

Todo esto dio que pensar a José Antonio, que se sintió obligado a indagar el contenido doctrinal del movimiento obrero mucho más a fondo.

Ramiro, con su ruptura y sin querer, le ayudó en el proceso de maduración doctrinal. Ledesma le empujó hacia la izquierda, rompiendo, definitivamente, con el pasado derechista, hacia la radicalización.

III. JOSÉ ANTONIO BUSCÓ A PRIETO

La deriva de José Antonio hacia la izquierda se revela en los hechos.

Ricardo de la Cierva, historiador, ha opinado que, de vivir hoy, quien fue jefe nacional de la Falange, sería del PSOE.

Resulta aventurada esa predicción pero no hay duda de que trató de ganar o sumar para su proyecto político nada menos que a Indalecio Prieto y a Juan Negrín.

Y cuando, en la soledad de la cárcel de Alicante, elucubra respecto de un posible gobierno de unidad nacional, no hay en el mismo ni uno solo de sus seguidores pero sí

aquellos socialistas que había conocido y tratado en el parlamento de la República.

El 3 de septiembre de 1944, Prieto escribió a Edén, ministro británico de Asuntos Exteriores, que había estado, puño en alto, en el Madrid de la guerra:

- “Recuerdo que he dado referencia detallada de mis múltiples entrevistas con el fogoso -victima inenarrable y cuyo sacrificio yo condené y condeno- José Antonio Primo de Rivera”

Y añadía:

“¡Como quería fundar el Partido Social Español! ¡Como me alentaba para que yo recogiese lo más sano de lo que, en España, se llamó Partido Socialista, y marcháramos juntos! ¡Como me hizo dudar.....!.

En esa carta, que publicó el hijo del general Kindelan, el 15 de mayo de 1976, en el diario madrileño “ABC” y que Enrique de Aguinaga y González Navarro recogieron en su antología de opiniones” sobre José Antonio; Prieto añade que “le debía la vida” con estas palabras:

“Porque él, y su gente, me custodiaron hasta mi domicilio, una noche en que algunos, que se decían correligionarios míos, habían acordado “abolirme”. Ya conoce V.E., por escrito - explicaba a Mr. Edén - el episodio. Son páginas personales que dicen muchas cosas”.

El líder socialista y ex-ministro de Obras Públicas, que se interesó por los papeles de José Antonio, diría:

- “Data de muchísimo tiempo la afirmación filosófica de que en todas las ideas hay algo de verdad. Me viene esto a la memoria a cuenta de los manuscritos que José Antonio Primo de Rivera dejó en la cárcel de Alicante”.

“Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías, para descubrir las coincidencias, que quizá fueran fundamentales y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si estas valían la pena de ventilarlas en el campo de batalla”.

Puede que la primera vez que ambos tuvieron una relación personal fuera con ocasión del debate parlamentario para la concesión del “suplicatorio” para procesar al diputado socialista Juan Lozano, al tiempo que al propio Primo de Rivera. En su libro “Convulsiones en España”, publicado en Méjico, en 1959, dice Prieto que José Antonio “vino hasta mi escaño, donde, estrechándome la mano, me reiteró su gratitud y pronunció, en voz alta, duros vituperios para los diputados derechistas que, contra él, habían unido sus votos a los del “lerrouxismo”.

Fue en julio de 1934. Indalecio Prieto se había opuesto a la concesión de ambos “suplicatorios” y José Antonio, en la sesión de Cortes del día tres, le dedicó palabras elogiosas:

“El señor Prieto que, en una no todavía larga, pero si activa vida del Congreso, se ha ejercitado en todas las artes menores del parlamentarismo, se sabe dar el lujo, no asequible a todos, de usar, algunas veces, las artes mayores, de adoptar actitudes estéticas de la mejor clase y, en muchas ocasiones, llegar a algo que vale más que ellas: a una profunda y auténtica emoción humana. Yo faltaría a mi propia autenticidad si, en este instante, no empezara, con toda la sinceridad de mi alma, dando las gracias, por su actitud, al Señor Prieto.....Como, en realidad, después de lo que ha dicho el Señor Prieto, yo no tendría apenas que defenderme”.

Payne, el historiador norteamericano, recogiendo información de Zugazagoitia y de Rodolfo Llopis, en “España espera su hora”, concluye:

“De todos los dirigentes de la izquierda española, por quién sentía mayor admiración

era por Indalecio Prieto. José Antonio le respetaba por su capacidad política, sus conocimientos económicos, su moderación, su resistencia a dejarse arrastrar por el radicalismo antinacional de los socialistas de izquierda y su gran generosidad personal. Siempre se había lamentado de no poder atraer a hombres como Prieto a la Falange. Reconocía, plenamente, la importancia de poder contar con un líder de origen obrero al frente de una revolución nacionalista”.

En un excelente trabajo que la revista “No Importa”, de la Falange Independiente, publicó en septiembre del año 2000, se añadió:

“Es seguro que conoció a otros muchos hombres de la izquierda y, sobre todo, de la izquierda socialista. Teodomiro Menéndez, diputado socialista, recoge un testimonio conmovedor:

“José Antonio y yo nos sentábamos juntos en la Cámara y pronto nos hicimos amigos.....Recuerdo que siempre me decía: ‘Teodomiro, si no fuese por sus ideas religiosas, ¡que cerca estaríamos usted y yo en política! En el fondo, todos queremos lo mismo’. Una vez más, aparecía la inequívoca voluntad de indulgencia y concordia de José Antonio”.

En mi libro “Los enamorados de la Revolución”, comento que, en la última reunión de la ejecutiva socialista, antes de las decisivas elecciones parlamentarias del 16 de febrero de 1936, Indalecio Prieto fue derrotado y dijo que no intervendría, en mitin alguno con oradores anarco-sindicalistas o comunistas, aunque se lo ordenasen”,

Esta postura radical, contraria a la de Largo Caballero, motivó que, en Écija (Sevilla) intentaran matarlo, junto con el “generalísimo” de la revolución asturiana de octubre de 1934, González Peña,

“Era un largo proceso, que José Antonio fue siguiendo con atención, intuyendo que sería el momento para tender la mano a un personaje prestigioso como Prieto”.

Julián Zugazagoitia, antiguo director del periódico “El Socialista” y gran amigo del Prieto dice, en su libro “Guerra y vicisitudes de los españoles” que una de las personalidades socialistas” que le hubiera gustado captar, dispuesto a concederle la jefatura nacional, era Indalecio Prieto.

Textualmente, Zugazagoitia, escribió:

“Esa persona, que Primo de Rivera cortejaba a distancia, era Indalecio Prieto. No conocía ese dato, que nos lo reveló, a un grupo de diputados socialistas... ..el Doctor Negrín que defendía, con apasionamiento, la necesidad de que el Partido autorizase a Prieto a formar Gobierno y, en caso de que la autorización le fuese denegada, nos recomendaba que tomásemos a nuestro cargo esa responsabilidad, en razón del inmenso servicio que rendiríamos al país, ¿En que noticias fundamentaba Negrín -se preguntaba Zugazagoitia- su pasión apremiante e incluso escisionista? Parece -prosigue el antiguo director de “El Socialista”- que él había sido la persona a quienes los falangistas, utilizando como vehículo a una discípula suya, se -habían dirigido, tratando de conquistarle y conquistar a Prieto para su movimiento. Esa misma discípula de nuestro camarada, a quien él profesaba un sincero afecto, le tuvo avisado de que existía el propósito de atentar contra su vida lo que indujo a Negrín a proveerse de una pistola inverosímilmente pequeña, que ocultaba en el bolsillo de su chaleco...

“Siempre he creído que el apasionamiento de Negrín procedía de los informes, más o menos concretos, que pudo obtener de aquella discípula suya que, habiendo figurado en los cuadros más liberales de los estudiantes de Medicina, se había unido, inmediatamente después de su casamiento, a las ideas falangistas de su marido.....”.

Cuando se produce el escamoteo del triunfo electoral de José Antonio, en la segunda

vuelta de las elecciones parlamentarias de febrero de 1936, Prieto pronuncia un discurso histórico, en Cuenca, que Primo de Rivera considera que era de acercamiento a sus tesis, y escribió en “Aquí estamos” de Palma de Mallorca:

“En este momento, no hay un solo político español que no haya adoptado, más o menos declaradamente, puntos y perfiles de nuestro vocabulario. El último neófito ha sido de marca mayor: Don Indalecio Prieto.

“El 1 de mayo se fue a Cuenca y pronunció un discurso. ¿Estaría, quizás, más presente la Falange, en el ánimo del Sr. Prieto por hablar en el sitio donde se preparaba el gatuperio electoral de que he sido víctima?

“Tal vez pasara esto. Lo cierto es que el discurso del tribuno socialista se pudo pronunciar, casi desde la cruz a la firma, en un mitin de Falange Española.....”.

El artículo de José Antonio se titulaba: “El enemigo, vencido en las ideas” y, luego: “Prieto se acerca a la Falange”.

No fue así y los tiempos que llegaron, con violencia, no dieron para más.

IV. LOS SOCIALISTAS ASESINAN A GARCÍA VARA Y A MATÍAS MONTERO

Prieto no se pasó a la Falange pero si otros estudiantes y trabajadores, militantes del PSOE o de la UGT. Entre ellos, Matías Montero y García Vara, en Madrid,

“El pueblo sabe -decía un editorial del periódico “Arriba”- que jamás le traicionaremos ni le traicionamos, en obras ni en palabras. Sabe que nosotros, contra la izquierda y contra la derecha, somos los únicos que han echado, por una y otra banda, las mercancías que conducen a las traiciones. Ante la Patria, no hemos querido ser ni contrabandistas de la derecha ni piratas de la izquierda. No cubrimos con nuestro pabellón ni mercancías capitalistas ni arsenal comunista para el abordaje y el saqueo, sino bajo limpias banderas izadas, con un limpio grito marinero, las armas de defensa del pueblo español”.

Este poético mensaje, llegaba a la gente, desde aquel que dijo que “sí traicionaba siempre habría una soga en la llanura para ahorcarle”.

Matías Montero y Rodríguez de Trujillo era un joven estudiante en la Facultad de Medicina de Madrid, afiliado a la izquierdista Federación Universitaria Española (FUE) y militante o simpatizante de las Juventudes Socialistas.

La Universidad no era, en aquel tiempo, un oasis de paz. Como fiel reflejo de la calle, el debate ideológico, que anunciaba el final de la Monarquía, era compartido por la juventud.

Pero cayó en sus manos el manifiesto de Ramiro Ledesma en “La Conquista del Estado” y su reacción fue darse de baja en la FUE y adherirse al grupo naciente de las JONS, el 9 de febrero de 1931, en las vísperas de la proclamación de la República, del 14 de abril. Sin embargo, puede ser que, como otros muchos, también estuviera gritando por España, en la Puerta del Sol de Madrid.

A pesar de aquella confusión, tenía claro lo que quería y siguió sus estudios universitarios, e ingresó como alumno, en la clínica del profesor Olivares, para especializarse en Psiquiatría.

En octubre, cuando cursaba el último año de carrera, acudió, puede que por curiosidad, al Teatro de la Comedia, y puede que por consigna de Ramiro Ledesma, para escuchar lo que el hijo del Dictador tenía que decir.

El mensaje de José Antonio le ganó, sin más, y, cuando aparece la Falange, él se afilia y colabora en el periódico FE, y sale a la calle para venderlo.

David Jato, en su libro “La rebelión de los estudiantes” resumió:

“FE, se vendía por grupos, con objeto de protegerles contra los ataques de los milicianos socialistas y comunistas. Cuando terminó la venta del número 6, Matías Montero fue seguido por el pistolero Francisco Tello Tortejada, del grupo socialista “Vindicación” y, al llegar a la calle Mendizábal, le disparó tres tiros por la espalda y, a bocajarro, otro más.

José Antonio estuvo en su entierro, en la sacramental de Santa María. Las palabras que pronunció fueron como el testamento histórico de un héroe:

“Aquí tenemos, ya en tierra, a uno de nuestros mejores camaradas. Nos da la lección magnífica de su silencio; otros, cómodamente, nos aconsejarán, desde sus casas, ser más animosos, más combativos, más duros en la represalias. Es muy fácil aconsejar. Pero Matías Montero ni aconsejó ni habló, se limitó a salir a la calle, a cumplir con su deber, aún a sabiendas de que, probablemente, en la calle le aguardaba la muerte. Poco antes de morir, dijo: Sé que estoy amenazado de muerte, pero no me importa, si es para bien de España. No pasó mucho tiempo sin que una bala le diera cabalmente en el corazón”.
¡Hermano y camarada Matías Montero y Rodríguez de Trujillo -clamó José Antonio- gracias por tu ejemplo! Que Dios te dé eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembra tu muerte.

El tribunal que juzgó al asesino Francisco Trillo, le condenó a 23 años de prisión, que no cumplió. Estaba contratado, por dinero, por el PSOE, para matar.

Otro de los asesinados por los pistoleros socialistas fue García Vara, ex-militante destacado de la UGT.

Matías Montero procedente de la Federación Universitaria Izquierdista y García Vara de la militancia sindical socialista, no creían que la Falange era un movimiento político de las derechas ultra-reaccionarias, en contradicción con los ideales de izquierdas, que habían abandonado.

José García Vara, de Lugo, era, según me contó el ex-cenetista Camilo Olcina, valiente y generoso. Tenía una tahona y despacho de pan, fue militante durante muchos años, en la UGT, hasta que conoció el mensaje falangista y se pasó.

Cuando se organizan los sindicatos de la Central Obrera, su prestigio personal arrancó de las Artes Blancas ugetistas a casi 500 profesionales de la Panadería. En el Sindicato de la Industria del Pan y similares, le eligieron Secretario; a Sergio García, como Presidente, a Luis Fominaga como Vicepresidente y a Francisco Vázquez como Vice-Secretario.

Aquello fue un duro golpe al sindicato socialista en Madrid y le amenazaron.

El 2 de abril de 1935, en la Cuesta de Santo Domingo, salieron del local del sindicato obrero falangista, con José García Vara, dos hombres que conocí y que me contaron: César Moreno Navarro, de Artes Gráficas y Camilo Olcina. Iban cambiando impresiones, cuando, Olcina, veterano sindicalista de la CNT, observó que les seguían, pero García Vara no le dio importancia y continuaron hablando. Al poco, se separó Olcina y luego César Moreno. Al llegar a la Plaza de Isabel II, aprovechando que iba solo, los “valientes” pistoleros socialistas le acribillaron a balazos en la calle Arrieta.

El 11 de abril de 1935, el periódico “Arriba” publicaba el discurso de José Antonio ante su tumba:

“Vil y cobarde, mal nacido, el que ahora, se retrase en la primera fila. Ese no es digno de llamarse camarada del muerto, en esta hermandad suprema de la Falange”.

El “Arriba” publicó:

“Su tenacidad y su destreza iban logrando que nuestro sindicato rompiera con el

intolerable monopolio del trabajo en Artes Blancas, que venía ejerciendo desde siempre la Casa del Pueblo (UGT). Ya trabajan, gracias a nuestro Sindicato, en muchas tahonas de Madrid, obreros emancipados del yugo marxista”.

García Vara fue el primer sindicalista obrero que cayó asesinado por la “dialéctica de las pistolas” que, por entonces, estaba tan de moda en la UGT.

Otros socialistas, no solo en Madrid, sino hasta en los rincones más desconocidos de la geografía nacional, fueron acudiendo al llamamiento de la Falange. En Chilluevar de Jaén, el 7 de abril de 1935, el Jefe de la JONS local explicaba a sus paisanos cómo y por qué, después “de más de 20 años en el campo socialista, y sufrido persecución, se ha pasado al nacionalsindicalismo. Como él -decía- muchos obreros que habían visto en el Socialismo la justa emancipación de los trabajadores, han comprobado que, al llegar al Poder, sus más destacados dirigentes, no han pensado en otra cosa que en su beneficio personal, olvidando todas sus anteriores promesas.

En San Adrián (Navarra), el 21 de abril de 1935, Pascual Martín intervino en un mitin y proclamó a los cuatro vientos:

“Yo he sido minero, militando en el socialismo y hoy, que milito en la Falange Española, continuo siendo minero y, como yo, muchísimos obreros que, asqueados y desengañados por las continuas traiciones de los llamados jefes, se disponen a abandonar el socialismo...”.

V. LA DERIVA IZQUIERDISTA DE JOSÉ ANTONIO

Victorino López Cornide, me confió que, cuando, Girón de Velasco, buen amigo suyo, fue nombrado por Franco como titular del Ministerio de Trabajo, le encargó que recorriera los despachos para conocer a los funcionarios, los problemas pendientes, lo que creían que había que hacer.

Victorino era un hombre tremendamente simpático, gallego de Ferrol, inteligente. Cuando llegó a la biblioteca, la del antiguo Instituto de Reformas Sociales, se encontró con la mayor sorpresa. La funcionaria que había estado allí durante la guerra, temerosa de que los “triunfadores” le aplicasen represalias, le dijo:

“¿A que no puede figurarse lo que tengo aquí...?”

Si usted no me lo dice.....

“Son las fichas de los libros sacados, para su lectura, por José Antonio Primo de Rivera, en 1935”.

Victorino las examinó con asombro porque todas eran del pensamiento revolucionario desde Proudhon y Bakunin a Sorel y hasta el nacionalista George Valois.

Aquel fichero era la prueba escandalosa del interés del jefe nacional de la Falange por las corrientes ideológicas de quienes, en última instancia, estaba intentando ganar.

Rápidamente, mi amigo Víctor, se fue a dar cuenta del hallazgo al jefe provincial de la Falange, Manuel Valdés, pariente del propio José Antonio, Cuando este las vio, no pudo contener su asombro:

“Esto hay que quemarlo inmediatamente. Si se entera Franco, pensará que José Antonio era comunista...”.

Y se quedó con aquellos documentos que Victorino pretendió recuperar. ¿Qué fue de ellos? Nada más se sabe.

Yo, por entonces, conocía a Proudhon y Sorel pero no a Georges Valois, seudónimo de Georges Gressant y, por mediación de mi amigo Víctor, fui leyendo para saber. De la lista que el me facilitó había títulos sugestivos:

“La monarquía y los obreros”, “El estado, las finanzas y la economía”, “La Economía nueva”.

Precisamente, la “Nouvel Economie”, la examiné con especial atención porque, en sus páginas, había a lápiz, muchas acotaciones con letra que parecían ser de José Antonio.

El Primo de Rivera de 1935 ya no era el del Teatro de la Comedia, dos años antes. En este tiempo, no solo había intentado la aproximación a Prieto y digerido críticamente a Ramiro Ledesma sino que se había situado, de un salto, en condiciones de hablar no solo con los comunistas que llegaban a sus filas sino también, y sobre todo, con los sindicalistas de formación anarquista que el fundador de las JONS ya había querido ganar.

La dialéctica poética del discurso en el Teatro de la Comedia ya no era la misma que encendía la Unión Mercantil y mucho menos el Cine Madrid.

Otro de mis mejores amigos, Carlos Juan Ruiz de Lafuente, que fue Secretario de la Vieja Guardia, me contó sus experiencias de aquellos años. El era jefe del Sindicato Universitario en la Escuela de Ingenieros y tenía tiempo para colaborar en los Servicios de prensa de la Jefatura Nacional. José Antonio le encargó:

“Veta al mitin de Gil Robles, en el Cine Madrid. A ti no te conocen. Toma buena nota de lo que diga y, luego, vienes por aquí y me lo cuentas”.

Así fue, pero, al regreso, se encontró con que José Antonio estaba encerrado con la Junta Política y había dado orden de que no se les molestase.

Carlos Juan insistió y, alguien, entró para trasladar la noticia de su llegada y del encargo que se le había hecho. Cuando pudo entrar, José Antonio le pidió que hiciera público, para conocimiento de todos, cuanto había visto y oído en el gran mitin electoral del líder de la Derecha Política. Al terminar, hizo el gesto de marcharse pero José Antonio no le dejó:

“Siéntate ahí que esto también te interesa a ti”.

Aquel muchacho de pocos años, apasionado falangista, descubrió que había dos bandos enfrentados radicalmente. Uno, de los partidarios de un acuerdo electoral con la CEDA de Gil Robles, encabezado por el Secretario General de la Falange, y el de José Antonio Primo de Rivera, solo acompañado por Julio Ruiz de Alda y Manuel Mateo.

Yo pensé -me contaba Carlos Juan- que estábamos ante una nueva escisión, que habría estallado de no producirse la ilegalización, la persecución y la sublevación militar.

Pero ¿qué es lo que había detrás de todo aquello?

Ante todo, que la Falange no tenía dinero y lo buscó como fuera para su Campaña Electoral, para editar su periódico, para hacer frente a los más elementales gastos de organización.

Está demostrado que la Italia de Mussolini le mandó algo, vía Paris, pero.... Gil Robles hizo público un amplio informe de sus contactos amistosos con Primo de Rivera y hasta de los pactos firmados -según él- para la financiación de la Falange no solo con la derecha republicana sino también con la monárquica.

La CEDA aseguraba en aquella versión publicitaria que el origen de aquellas diferencias no estaba en las ideologías sino en la práctica electoralista.

“El líder falangista -decía Gil Robles- me expuso el deseo de un número de puestos que notoriamente no correspondía a la fuerza efectiva de su partido en el país. Así se le hizo ver con absoluta franqueza. Fundado, además, en el argumento de que a un grupo antiparlamentario debían bastarle unos pocos diputados para poder fijar su actitud en las Cortes y realizar desde allí su propaganda. Le ofrecimos tres que podían estimarse

como dudosos. Para mejor asegurar su elección, me comprometí a presentarles conmigo en la candidatura de Salamanca“.

El máximo dirigente de la Confederación derechista añadía:

“Aceptó en principio mi propuesta, pero, al día siguiente, en visita que me hizo alrededor de las once de la noche, también en mi casa, lamentó muy de veras no poder conformarse, ya que necesitaba un número mayor de puestos para los directivos de la Falange, algunos de los cuales se hallaban detenidos por orden de los Tribunales. Según me insinuó, de manera muy delicada, sus correligionarios le habían obligado a rechazar la oferta.....”.

Hasta última hora se planteó la posibilidad de salvar la candidatura de José Antonio por Cuenca, del brazo de la Derecha, pero los acontecimientos desbordaron todas las posibilidades.

Para el Frente Popular, triunfante en febrero de 1936, la Falange era el fascismo y el fascismo era la Derecha. Y la Derecha el mayor peligro para la Democracia republicana. No hubo ya cuartel para ella.

José Antonio había presentado candidatos suyos, independientes, pero ninguno prospero. La revolucionaria ideología del último José Antonio Primo de Rivera no logró romper el dilema popular entre derechas e izquierdas como había pretendido, desde el principio y hasta el final,

Acosada por la izquierda y chantajeada por la derecha, la Falange pobre, con escasos recursos económicos se enfrentó a las elecciones decisivas de aquel mes de febrero, en las vísperas del 18 de julio, cuando los “falangistas” no tuvieron opción y fracasaron estrepitosamente.

Carlos Juan y Victorino tenían razón.

En la Falange de 1936, había dos bandos, el de la Revolución hacia la Izquierda y los posibilistas con la Derecha.

La prisión y la muerte de José Antonio dejó las manos libres para la opción filofascista y posibilista que traicionó las expectativas revolucionarias del Fundador.

VI. LOS FALANGISTAS DE LA CNT

En Julio de 1931, cuando daba sus primeros pasos el gobierno provisional de la República, estalló en Madrid la gran huelga de la Telefónica, encabezada por militantes de la CNT, la Confederación Nacional del Trabajo, de orientación anarco-sindicalista.

Mientras que los socialistas habían colaborado, abiertamente, con la Dictadura del general Primo de Rivera, la CNT se mantuvo en la oposición, en la clandestinidad, hasta la huida vergonzante del Rey.

Entre el 10 y el 14 de junio, dos meses después de la proclamación de la República los cenetistas habían celebrado en la capital de España, un congreso extraordinario, el primero en la legalidad de aquellos tiempos, en el que fueron protagonistas principales Ángel Pestaña y Buenaventura Durruti.

Los jonsistas aprovecharon la oportunidad para darse a conocer, dedicándole planas enteras de su revista.

Ramiro Ledesma lo contaría así:

“Los redactores del periódico, tuvieron ese día la satisfacción de asistir, desde uno de los pisos altos del antiguo Teatro de la Princesa, a la sesión y ver, en la mayor parte de las manos de los congresistas, ejemplares de “La Conquista del Estado” que se vendían a la entrada”.

Pocos días después estallaba el conflicto de los “telefónicos”, el primero de mayor gravedad, en el nuevo Régimen, con toda la violencia de una revolución.

Y si el congreso cenetista fue, para los jonsistas la primera oportunidad de relación, aquella huelga sería la continuidad de su intento de compromiso con aquella organización, una de las dos grandes sindicales históricas del movimiento obrero español.

“Los sindicalistas que formaban el Comité encargado de dirigir el conflicto - comentaba Ramiro Ledesma- tenían la seguridad de que su misión histórica era servirse de él como palanca revolucionaria”.

“Pero la CNT - añadía el jefe de las JONS- no contaba con un equipo de diez o doce hombres con capacidad de conductores ni de organizadores triunfales de la revolución, entonces ya casi madura, pues se daban las circunstancias favorables de un régimen sin constituir, ingenuo y con defensas fáciles de vulnerar por múltiples puntos”.

La huelga fracasó y muchos de sus dirigentes “se convencieron, entonces, de la impotencia Genetista para vencer al gobierno provisional. Así lo confesaron, en la redacción del periódico (jonsista), dos o tres de ellos”.

La reacción gubernamental, republicano-socialista, fue la prohibición de la revista y el encarcelamiento de sus redactores, junto con los líderes sindicales del conflicto.

“Aquella adhesión a la huelga revolucionaria... Vinculó, a los hombres de Ledesma Ramos, al movimiento obrero más intransigentemente revolucionario, y a sus dirigentes, de lo que se deduciría la posterior incorporación militante, a las JONS, de hombres como Olalla, Guillén Salaya, Sinfriano Moldes, Pascual Llorente y Nicasio Álvarez de Sotomayor, que tan activo y destacado papel había jugado, antes, en la CNT”.

Sotomayor había sido secretario del comité local de la CNT, en Madrid y su afiliación a las JONS fue un acontecimiento para aquella incipiente organización.

Por otra parte, Julio Ruiz de Alda, hombre fuerte de José Antonio Primo de Rivera, logró convencer a Camilo Olcina para que se pasase a la Falange.

Habían coincidido en el barco que hacía la travesía desde Nueva York y tuvieron muchas horas para conversar, aquel sindicalista había participado en un congreso internacional de la marina mercante, en representación de la CNT. Cuando se produce la crisis cenetista y la escisión del “treintismo” con Pestaña, Ruiz de Alda habló con él y le convenció para que se sumara al proyecto fundacional del hijo del Dictador.

Así, cuando se llega a la unificación, de Falange y las JONS, Olcina y Sotomayor, dos destacados militantes en la CNT, volvieron a encontrarse en la misma organización.

Ambos aportaron una experiencia decisiva en la fundación de la Central Obrera Nacional Sindicalista (CONS). Nicasio Álvarez de Sotomayor fue su jefe nacional mientras que, en Valladolid, Gutiérrez Palma, otro ex-cenetista, asumía otra tarea fundacional, similar.

Estaba claro que toda esta gente no eran “señoritos de la derecha”, como censuraban a los falangistas tanto la derecha como la izquierda, ni estaban dispuestos a defender otros intereses que los de la clase obrera, en la que siempre habían militado. ¿Por qué, entonces, estaban allí?, se preguntaría mucha gente. ¿Por dinero?

En el “Arriba” falangista, del 21 de noviembre de 1935, se decía:

“Todos los trabajadores, ante la angustiosa situación presente, han de preguntarse a qué se debe el que, a pesar de los constantes cambios de gobierno, a pesar de haber gobernado las izquierdas, a pesar de los gobiernos de centro y de derecha, el paro aumente sin cesar, la carestía de la vida se haga cada vez más agobiadora y la pugna entre las clases sea cada día más áspera. Fácil es comprobar la existencia de estos

problemas y aún su agravación. Con gobiernos en que figuraban ministros socialistas, todas las calamidades que abrumaban a la masa obrera no solo no tuvieron solución sino que se agudizaron. Con gobiernos de derecha, toda la política se orienta en contra de los productores; empeoran las condiciones de trabajo, se reducen los jornales, aumentan las jornadas, se les persigue, etc. ¿Qué significa esta coincidencia, en el fondo, de los partidos políticos, sean de derechas, sean de izquierdas? Significa -concluía el periódico falangista- que el régimen de partidos es incapaz de organizar un sistema económico que ponga a cubierto la masa popular de estas angustias; que tanto unos partidos como otros están al servicio del sistema capitalista”.

Este era el mensaje que llegaba a los trabajadores, a los militantes que, progresivamente, iban incorporándose a la Falange Española de las JONS. Desde luego no eran ideas de la Derecha política ni de “señoritos” acomodados.

El 27 de enero de 1934, en el diario republicano “Luz”, de Madrid, José Antonio decía; “Crean que solo un hombre del pueblo puede ir al frente de un movimiento de esta clase. No se dan cuenta de que existe una corriente profunda, social, de reforma de la organización económica total, hasta el fondo, -que no se puede escamotear- y que se manifiesta por la entrada torrencial de la clase obrera”.

Y, el 16 de junio de 1936, cuando ya estaba en la cárcel de Alicante, añadía al periodista Ramón Blardony:

“Los obreros conocen el nacional sindicalismo solo a través de las versiones de sus enemigos. Por eso creen que es un instrumento del capitalismo cuando, precisamente, una de sus razones de existencia es el propósito de desmontarlo”.

No era extraño que, con estas ideas, este lenguaje, los trabajadores defraudados acudieran a las filas falangistas y pelearan desde allí.

El historiador norteamericano, Payne, reconoce que:

“Las CONS tuvieron un rápido y fugaz éxito. Durante el año 1934, el paro obrero había aumentado en toda España y los obreros buscaban, desesperadamente, cualquier ayuda: el 1 de septiembre, una pequeña multitud de gentes sin empleo empezaron a reunirse en torno a la sede de Falange en Madrid”.

Los sindicatos falangistas, con la experiencia de la acción directa cenetista, les movilizaron y les organizaron para forzar la entrada en las obras de construcción, con José Antonio Primo de Rivera a la cabeza. Los pistoleros socialistas les atacaron a tiros.

En Valladolid y otras provincias se realizaron movilizaciones similares, con resultados igualmente negativos pero fueron la prueba evidente de una voluntad de afrontar el problema del desempleo mientras que los demás sindicatos demostraban su incapacidad y hasta su complicidad.

En el primer Consejo Nacional de la Falange, asistieron, como miembros titulares, Sotomayor y Gutiérrez Palma, mientras que, en la sombra, Oleína seguía trabajando en los sindicatos junto con Moldes, Salaya y muchos más,

Con Guillén Salaya tuve oportunidad de conversar, en la Mutualidad del Papel y Artes Gráficas y, gracias a él, pude conocer a Camilo Olcina.

Otra gran figura del anarco sindicalismo fue, en Sevilla, José Julio Fernández, que dio un profundo sentido a la tarea sindical de los falangistas andaluces. Patricio González de Canales, mi gran amigo, me contó que, gracias a José Julio, la Falange y la CNT llegaron a un pacto de mutuo respeto.

Otro de los más destacados militantes procedentes de la CNT fue Sinforiano Moldes, que logró, para la CONS, más de 15.000 afiliaciones de Obreros de la Construcción, en Madrid. Y, en noviembre de 1934, José Antonio le envió, con Valentín Medina, para que

organizaran los sindicatos en Zaragoza.

“Cuando llegaron los camaradas Moldes y Medina, ya había comenzado los trabajos Andrés Candial, antiguo consejero nacional de las JONS, consiguiendo agrupar a buen número de trabajadores. Ni que decir -comentaba Gutiérrez Palma -que todos ellos eran destacados y viejos militantes de la CNT. Los cenetistas -según el vallisoletano Palma- se escandalizaban al ver que los mejores compañeros iban a engrosar los cuadros nacional sindicalistas, entre ellos Ángel Ingles y Melchor Rocatallada”.

El “Arriba”, del 2 de mayo de 1935, decía:

“Los trabajadores de Zaragoza, sindicalistas y revolucionarios, pueden ser y serán nuestra vanguardia, si logran emanciparse de la influencia anarquista”.

No eran casos aislados pero quizás uno de los más significativos fue el de los hermanos de Buenaventura Durruti, que militaban en la Falange. A uno lo asesinaron los de la FAI, al otro, los “nacionales” en León.

De Buenaventura ni se sabe lo que pasó. Murió, misteriosamente, en el frente de la Ciudad Universitaria de Madrid mientras que los comunistas aplastaban, en Aragón, el consejo anarquista que había organizado como su revolución.

(José María García Tuñon-Aza es el autor de una documentada historia de los falangistas Durruti, que, con su autorización, va como anexo brillante de mi modesta historiación).

VII. EL ACUERDO FRUSTRADO CON PESTAÑA

Ángel Pestaña, como Buenaventura Durruti, fue un leonés afincado en Cataluña, donde murió, durante la guerra “incivil”, a los 51 años, después de una vida en la que tuvo que hacer de todo y aprender oficios diversos hasta terminar, para vivir, con un pequeño taller de relojería en las Ramblas de Barcelona,

Sin duda alguna, fue una de las figuras principales del sindicalismo español hasta que la crisis del “treintismo”, en 1932, contra la manipulación del Sindicato por la FAI (Federación Anarquista Ibérica) le llevó desde el antipartidismo, a la fundación, en 1935, del Partido Sindicalista.

José Antonio sabía de él por Camilo Olcina, amigo y camarada de ambos, que sabía de las coincidencias a las que habían llegado y pensaba que era posible el encuentro y el diálogo entre ellos.

Además de Olcina, otro cenetista, Isaías Ruiz Adalid me aportó, también, informaciones “de primera mano”.

En una de sus cartas, desde el refugio aislado de Vallada (Valencia), Isaías inició su intercambio conmigo con estas palabras:

“Fui amigo íntimo de Ángel Pestaña y uno de los invitados a la cena íntima, conjuntamente con José Antonio, en el Restauran Glaciar, de las Ramblas, en la ciudad condal, el 28 de febrero de 1934. De esto también sabe mucho mi buen amigo -añadía Adalid- Luis Santamarina”.

No tuve oportunidad de contrastarlo con el dirigente falangista, tal como Isaías sugería, pero le creí porque Olcina lo aseveró.

Yo, sin embargo, porque necesitaba más información, escribí a Vallada, el 3 de julio de 1965:

“Como es lógico, de cuanto me ha dicho, lo que más me interesa es todo lo relacionado con la entrevista de Ángel Pestaña y José Antonio Primo de Rivera, el 28 de febrero de 1934... En mi labor de búsqueda de datos -añadía en mi carta- he logrado saber de tres

entrevistas de los dos personajes sindicalistas. La primera fue un encuentro ocasional en un departamento del tren, en el que ambos coincidían, en un viaje de Madrid a Barcelona, y fue una simple presentación, según me aseguró, en Sevilla, un “antiguo amigo de Pestaña” que iba con él. La segunda entrevista, ya más formal, sería la que usted me cuenta y la tercera.....

Poco después, el 29 de julio de 1965, Isaías me contestaba en los siguientes términos:
“Apreciado amigo y camarada:

Contesto a tu atenta e interesante carta de fecha 3 de los corrientes.

La cena íntima en el Restaurant Glaciar, de las Ramblas en la Ciudad Condal, fue algo como para plasmar conversaciones íntimas sostenidas entre los inolvidables José Antonio y Ángel Pestaña.

“Se trazaron las primeras líneas de la Falange en Barcelona y su región, en la que era principal figura el malogrado Roberto Bassas. Nosotros fundamos el Partido Sindicalista en marzo de 1934. Todo eso convenido en conversaciones anteriores, pues tenía que ser así por la variedad de personas que tenían que engrosar el movimiento salvador de nuestra Patria. No podía haber una sola línea sino dos convergencias”.

De la última reunión, seguía diciéndole yo, a Isaías Ruiz Adalid:

“La tercera, la más importante de todas, posiblemente, fue en noviembre de 1935, en un restaurante del Tibidabo. De esta última entrevista he recogido, por separado, las mismas versiones de dos personas que no se habían vuelto a ver desde hacía muchos años”.

Una de ellas fue Camilo Olcina, que estuvo en la reunión junto con Luis Aguilar Sayaleiro, jefe nacional de milicias. La otra, quien era, en 1965, presidente de la Sección Social del Metal, en Zaragoza, y que también me aseguró su amistad con Ángel Pestaña.

Camilo Olcina Álvarez de las Navas, que acabó sus días como funcionario de la Obra Sindical de Cooperación, me había dicho:

“La entrevista fue muy cordial y, teóricamente, hubo un acuerdo que solo determinados aspectos prácticos hicieron imposible que se reflejara en una unificación inmediata pero si aplazada”.

Lógicamente, a los postres de la comida, José Antonio y Ángel quedaron varias horas a solas. A la salida, Olcina recibió del jefe falangista esta escueta respuesta:

“Pestaña quiere que no solo él acepte el acuerdo y que para captar a gentes del “treintismo”, sindicalista no pro anarquista, necesitaba dinero que él no tenía, para viajes y reuniones”.

¿Más detalles? Ni José Antonio ni Pestaña los revelaron nunca.

César Moreno Navarro, que fue jefe de milicias de la provincia de Madrid y dirigente de la CONS, me contó que, unas semanas después de la reunión del Tibidabo, José Antonio le entregó una carta que debía entregarla, personalmente, en mano, al relojero barcelonés.

“Pestaña abrió el sobre y leyó el escrito. Entonces, le pregunté:

“Que, ¿cuándo te vienes con nosotros?

La respuesta escueta que recibió fue:

“Ya es demasiado tarde”.

Aunque todos aquellos intentos de acuerdo se mantuvieron en secreto, algo debió trascender.

Por ello, cuando el líder del Partido Sindicalista viajó a Madrid, los periodistas le rodearon en la estación de Atocha.

¿Viene usted a integrarse en la Falange? Le preguntaron.

“No, vengo a firmar la entrada del Partido Sindicalista, en el Frente Popular”.

Y así fue. Yo conservo una foto en la que aparece, en Madrid, con “La Pasionaria”, el socialista Pascual Tomás y Julio Just, por entonces ministro de Obras Públicas.

Luís Santamarina, jefe territorial de la Falange catalana, declaró en el diario “Arriba”, el 20 de noviembre de 1954:

“Verdaderamente, era muy fundada la esperanza de José Antonio. Las cosas iban por muy buen camino y sólo la falta de tiempo, la forma en que se precipitaron las cosas, nos impidió conseguir, por entonces, nuestro ambicioso objetivo de incorporar, plenamente, unas masas disciplinadas y aguerridas al quehacer histórico de España”.

En la última carta que escribí a Isaías Ruiz Adalid le conté:

“Hace, unos días en un acto público, en Petrel (Alicante) narré lo que sabía y, en el coloquio final, intervinieron, espontáneamente, antiguos cenetistas que manifestaron su entusiasmo y sorpresa al descubrirles el pensamiento sindicalista de José Antonio. Fue impresionante y alentador oír a unos viejos luchadores.....”.

Yo no conocí a Pestaña más que de lejos, cuando, en la campaña electoral de 1936, intentó hablar en un mitin. Fue en San Roque (Cádiz) y fui con mi padre. No le dejaron hablar porque, desde el primer momento, un grupo numeroso de anarquistas, llegados de La Línea de la Concepción estuvieron insultándole, sin parar. Mi padre y yo, nos fuimos, avergonzados y en silencio. El comentario no era necesario.

Luego, he sabido que muchos falangistas salvaron la vida en Madrid, durante la guerra - según me contó Carmelo Lacaci, uno de los sindicalistas de la primera CONS, -gracias a que el Partido Sindicalista de Pestaña repartió carnés de afiliación a cuantos, aún sabiendo su condición, se lo pidieron.

VIII. COMUNISTAS EN LA FALANGE

Ni Prieto ni Pestaña llegaron, finalmente, a los acuerdos que José Antonio pretendió pero los comunistas sí que acudieron a las filas falangistas y alcanzaron elevada graduación.

Osear Pérez Solís, fundador del Partido en España; Enrique Matorras, que fue Secretario de las Juventudes Comunistas, Juan Orellana, líder de los sindicatos del PCE, en Sevilla y cabeza de lista en las elecciones parlamentarias, Manuel Mateo, que fue secretario de organización de los comunistas madrileños. Estos y muchos más se podrían contar.

¿Cómo y porqué estas gentes pudieron cambiar?

Pérez Solís, en un libro titulado “Memorias de mi amigo Óscar Perea”, cuenta su vida, su peripecia personal. Gracias a él, se sabe que nació el 21 de agosto de 1882, en Bello (Asturias). Según la certificación del registro civil, falleció el 27 de octubre de 1951, de Parkinson, a los 69 años de edad. Sus padres fueron:

Nemesio Pérez, teniente de Infantería de Marina y Clotilde Solís, de familia aristocrática.

“Aunque nacido en Asturias y asturiano por todos los lados de la familia, pasé - contaba en su libro- casi toda mi niñez y parte de la adolescencia en Galicia y el sentimental carácter gallego dejó huellas indelebles en mí”.

Cierto día, 1 de mayo, en Ferrol, vio salir del Centro Obrero, en la Plaza de Las Angustias, “muchos hombres, como si fueran de procesión. Llevaban pendones rojos y entonaban unos cánticos que, a veces, parecían como de Iglesia, y otras veces, hacían

pensar que aquella gente estaba muy incomodada...

Cuando lo supe, acabe por ir cantando en procesiones como la que tanto me había impresionado en mi niñez”.

Con el tiempo, ingresó en la Academia de Artillería de Segovia, por deseo paterno, y terminó destinado en el destacamento de la Isleta, en las Palmas de Gran Canaria.

Allí tuvo a sus órdenes a un muchacho andaluz, Juan Salvador, obrero tornero, del que pudo escuchar las primeras ideas de justicia social.

Tras un tiempo de meditaciones, con la lectura de “El Capital” de Carlos Marx, llegó a la conclusión de que lo suyo era ser socialista.

Cuando le destinaron a la guarnición militar de Valladolid, “ya tenía noticias -cuenta en su libro- de socialistas eminentes que, por su propio esfuerzo, habían llegado desde la humilde posición de trabajadores manuales a la de pensadores, oídos y respetados. Por ejemplo, Bebel, uno de los más famosos jefes del socialismo alemán. Y, sin salir de España -proseguía Pérez Solís- ¿no había un Pablo Iglesias? Y, en un plano de menor notoriedad, era innegable que el socialismo español contaba, en sus filas, con hombres salidos del taller, que, si no podían ser tenidos por unos intelectuales -ni ellos lo pretendían-, daban muestras de poseer una regular cultura que para sí la quisieran gentes de más estudios”.

Al cabo de pocos meses -sigue diciendo Óscar Pérez- en abril de 1910. Pedí el ingreso, que fue con el seudónimo de “Juan Salvador”, en la Agrupación Socialista de Valladolid. Tenía entonces 27 años, me faltaba poco para ser capitán de Artillería y tenía un brillante porvenir...

“Desde mi ingreso en la Agrupación Socialista -prosigue su narración- había ido acentuándose mi despego de las obligaciones militares. Seguro de que no tardaría en abandonarlas para siempre...”. Y así fue, gracias a una petición de baja por enfermedad.

Entregado, entonces, a la militancia social, recorrió media España, conoció y compartió las luchas de los trabajadores. Trato en Bilbao a Perezagua y a Prieto, a Fernández Ladreda en Cartagena, a Remigio Cabello en Valladolid y Nin en Barcelona.

Este era el hombre que acabó “por abrir acceso en mi espíritu a la idea de que el socialismo no era aquella pálida democracia social, tan teñida de liberalismo pequeño burgués, que yo venía defendiendo, sino la viscosa y rotunda fórmula revolucionaria del bolchevismo”.

En un libro de Carlos Llorens Castillo, publicado en 1982 y dedicado “A todos los comunistas que dieron la vida en su lucha por el socialismo”, se encuentra que Óscar Pérez Solís, en un Congreso del PSOE, apoyó: “la adhesión socialista a la comunista” y, “al escindirse del Partido un grupo de socialistas... y formar el Partido Comunista Obrero, es elegido miembro de la Dirección del nuevo Partido, al que perteneció hasta 1926, en que lo abandona y se convierte al catolicismo, por influencia del Padre Gafo”.

Aquella participación de Pérez Solís en la gestación y desarrollo del Partido Comunista fue muy destacada.

En el libro “Escritores y Artistas Asturianos”, Constantino Suárez decía el año 1957:

“Al producirse, en 1921, la escisión en el Partido Socialista por los partidarios de la Tercera Internacional, Pérez Solís fue de los que tomaron este rumbo y figuró entre los principales fundadores del Partido Comunista Español”, Al servicio de esta nueva fuerza marxista, dirigió en Bilbao el periódico “la bandera roja” y envió colaboraciones al órgano central de la nueva fuerza: “La Antorcha” y a “L’Humanité”, de París.

El orador tampoco se daba reposo en la difusión de su nuevo credo, “riñó batallas contra sus ex-correligionarios y contra la fuerza pública. Herido de dos balazos, una

vez, pasó entre el hospital y la cárcel una buena temporada...”. En julio de 1923 fue elegido Secretario General del PCE.

En 1924, durante una breve permanencia en la URSS, le nombraron miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. A su regreso a España, por Barcelona, fue detenido y permaneció encarcelado, algún tiempo, en esa ciudad.

A este comunista destacado, que terminó militando en Falange Española de las JONS, Manuel Hedilla le encargó, en los primeros tiempos de la guerra, la reorganización de la central obrera junto con Narciso Perales Herrero, palma de plata falangista.

Cuando Hedilla es encarcelado y condenado a muerte, como jefe nacional de la Falange, Pérez Solís se apartó, sigilosamente de la vida política y murió, soltero, como capitán retirado, en el Hospital Militar del Paseo de Zorrilla, en Valladolid, sin renunciar a su camisa azul.

El 24 de agosto de 2007, el periódico “ABC”, en su muy leída sección de esquilas mortuorias, publicó, por encargo de Falange Española de las JONS, una en el recuerdo del asesinato “por las milicias socialistas”, de Julio Ruíz de Alda, Fernando Primo de Rivera y Enrique Matorras.

Para muchos, eran conocidos los dos primeros, pero el tercero, que les acompañaba, no.

Y Enrique Matorras había sido Secretario Nacional de las Juventudes Comunistas, que abandonó, en plena República, para militar en la Falange.

El día 15 de abril de 1953, el periódico socialista “Claridad” publicó, en Madrid, una noticia con el título: “El fascista Matorras no fue Secretario del Partido Comunista”.

Pero, al día siguiente, rectificó en estos términos:

“En nuestro número de ayer, por falta material de tiempo para controlar una información, que fue suministrada a los periódicos en la Dirección General de Seguridad, se decía que uno de los detenidos por haber comprobado que preparaban un atentado, contra elementos socialistas destacados, era el llamado Matorras, que había ocupado el cargo de Secretario del Comité Central del Partido Comunista de España. Es incierto, -añadía el periódico socialista- Matorras no perteneció siquiera al Partido. Estuvo afiliado y figuró como elemento técnico de las Juventudes Comunistas de Madrid. Nada más. Y fue eliminado en cuanto se conoció su catadura moral,

“Otro detalle - proseguía “Claridad” -, hemos podido comprobar que tiene relación con el atentado contra el señor Ortega y Gasset (hermano del filósofo). Ribagorda, el que envió a su propio hijo para que entregara, en casa del abogado del Socorro Rojo, una cesta que contenía una bomba, es como Matorras, fascista.

Lo que no decían es que Ribagorda era un veterano sindicalista de la CNT, que se paso a las JONS y luego a la Falange, donde permaneció, junto con Nicasio Álvarez de Sotomayor.

Pero el propio Matorras aclara y confirma, en su libro “Los intelectuales tornan a Cristo”, que fue “Secretario General del Comité Central de las Juventudes Comunistas de España”.

En septiembre de 1932, se renovó el Secretariado de la Juventud, con Olmos, Arévalo, Medina, Lafora y Matorras.

Su entrada oficial en el Partido Comunista -lo cuenta en su libro “El comunismo en España”, publicado en 1935- tuvo lugar en diciembre de 1930. Después de haber sido, por muy pocos días, miembro de una “célula”, fui nombrado por la Dirección Superior de Madrid, miembro del Comité Madrileño de la Juventud Comunista, En abril de 1931 se proclamó la República y muy pronto salió a la luz el órgano de la “Juventud Roja”. Yo

fui nombrado redactor y administrador al mismo tiempo que desarrollaba una gran actividad al frente del Comité madrileño...

“Por entonces, enfermó Etelevino Vega, Secretario del Comité Central de la Juventud Comunista. Para evitar su prisión y aún para curarlo de su enfermedad, fue enviado a Rusia, a un Sanatorio. Fue entonces cuando se me nombró Secretario General”.

Desde allí, fue testigo de comportamientos que estaban muy lejos de la militancia de base. En su libro cuenta:

“La vida privada de los funcionarios y enviados de la Internacional, es decir: las clases más altas del comunismo, me empezaron a decepcionar. Con mis propios ojos pude, ahora, comprobar que les interesaba muy poco la libertad de los obreros y los derechos del Proletariado. Les interesaba solo en cuanto ello pudiera rendir en su propio provecho...”.

“Mi alma joven e inquieta anhelaba algo más elevado. Estaba cargado de ansias por realizar algo noble, por luchar a favor de un alto ideal. Y así comenzó en mi alma una crisis moral que me arrastró, claramente, a un estado de total desesperación”.

Estaba casado, por lo civil, con una mujer comunista, hija de un destacado dirigente del Partido y, cierto día:

“Compré una Biblia y la comencé a leer. Pronto descubrí, entre los varios trozos del Evangelio, algunos pasajes sobre la justicia social. Los leí con sorpresa y, cuanto más avanzaba, descubría horizontes que me eran totalmente desconocidos, hasta entonces. Seguí leyendo y llegué a ver claro que, tal vez, la religión católica podría resolver mis cuestiones”.

Acudió a la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel, en la glorieta de Iglesia, en Madrid y le acogieron. Terminó, con su mujer, bautizándose y casándose allí.

Al final, se afilió a la Falange y realizó una gran labor entre la juventud, desde luego no para poner bombas como decía “Claridad”.

Fue asesinado, el 24 de agosto de 1936, en la matanza colectiva de presos políticos en la cárcel modelo de Madrid.

Pero no solo estos ex-militantes comunistas entraron en la Falange de José Antonio Primo de Rivera, en los años que precedieron a la guerra civil

José Guerrero Fuensalida también lo fue. Estudiaba Derecho en la Universidad de Granada y, con letra de Juan Aparicio López, también de origen comunista, le puso música al himno de las JONS.

Carlos Ribas, que fue redactor de la agencia de prensa “Pyresa” y editorialista del diario “Arriba”, había sido enviado por el PCE a Moscú para ampliar su formación, pero aquello no le gustó y terminó de falangista.

Precisamente, fue Carlos quien -según me contó- avaló, ante José Antonio, el ingreso, en la Falange de Manuel Mateo, otro de los más destacados militantes del PCE.

Y Juanito Orellana, camarero en un bar de Sevilla, cabeza de lista del Partido Comunista en las elecciones parlamentarias, líder de los sindicatos que tenían en la capital andaluza.

Llegó un momento en que, como Matorras, vio que aquello no era lo suyo, que estaban utilizando su prestigio de trabajador, para fines que no eran los que él pretendía”.

Tuvo la suerte de encontrarse con mi amigo Narciso, Narciso Perales Herrero, estudiante de medicina que me lo contó:

“En marzo de 1935 se me acercó. Vestía chaquetilla blanca de camarero y me dijo: “Quiero hablar contigo” ¿Tu eres Perales?”.

Quedaron en verse nuevamente en el café Pico del Diamante y Juan le explicó su

desilusión de los comunistas que, a pesar de los servicios prestados, le habían hecho toda clase de perrerías.

Entonces, Narciso le explicó lo que era la Falange, en la que él se jugaba la vida, pensando en hacer la Revolución.

Concertaron otra cita, pero no fue posible porque habían detenido y encarcelado al falangista. Buscó, entonces, otros contactos y se afilió.

Con él llegaron más compañeros, entre ellos Corpas, que era su brazo derecho en el Sindicato.

A Corpas y a Juan los asesinaron sus antiguos compañeros del PCE.

IX. MANUEL MATEO, OTRO ROJO ROJO CON CAMISA AZUL

Fue el segundo y último jefe o secretario general de los sindicatos falangistas cuando José Antonio Primo de Rivera era el líder indiscutible de la Falange.

Manuel Mateo Mateo había nacido en Corella (Navarra), el 30 de abril de 1900, a las seis de la tarde, y le inscribieron en el Registro Civil el 1 de mayo, día del Trabajo.

Su padre, José Mateo Caravantes, aragonés de Riela, era zapatero, de profesión. Se casó en Corella con Araceli Mateo Barenas, que debía ser prima suya y de la que tuvo 17 hijos.

De la vida de su hijo Mateo, se sabe relativamente poco. Pepe Hernando Sánchez, que escribió, la única biografía que se conoce de él, cuenta que su madre era de gran religiosidad, que una de sus hermanas era monja en Barcelona y que le bautizaron en la Iglesia de San Miguel.

Los abuelos le costearon los estudios en un internado de Logroño y, cuando tenía 12 años, asistió a un mitin, con su padre, al que sorprendió interpelando al orador en defensa de los trabajadores.

Desde muy joven, debió vincularse al Partido Comunista y hasta, se decía, que estuvo en Moscú. Mi buen amigo Pepe Hernando asegura que sí, que estuvo en la URSS, pero Carlos Ribas, que le trató, sostenía que no.

Por mi parte, cuando busqué información precisa de su vida, comprobé que casi nadie sabía y lo poco que averigüé eran datos contradictorios.

Según quienes le conocieron, como el excelente periodista Carlos Ribas, en el periodo 1935-1936, Mateo no quería dejar pistas y siempre andaba envuelto en misterios y maniobras enmascaradas, lo que terminó suscitando sospechas de algunos dirigentes falangistas, que pensaron que estaba informando a su partido de origen.

Lo que sí parece seguro es que su militancia en el PCE le llevó a la Secretaría de Organización del Partido en Madrid, segundo en el grado jerárquico, y que intervino en todos los conflictos y agitaciones que “coronaron” los primeros tiempos de la República.

Vivió a salto de mata. Fue peón de todo, vendió periódicos en la calle y hasta parece que estuvo en una imprenta, actividades temporales y nunca fijas.

Era un revolucionario, acostumbrado a la pobreza, a dormir en la calle y a vestir harapiento. Mariano García, encargado de los servicios administrativos de la Falange, me contó que José Antonio tuvo que comprarle un pantalón y zapatos que le sacarían de parecer pordiosero.

Cuando estalló la revolución de 1934, sobre todo en Asturias, aún vivía y comía en casa de la Pasionaria y de su amigo Antón. Le echaron de ella y del Partido cuando manifestó su desacuerdo con el comportamiento sectario de los comunistas en aquella tragedia.

Fue casi una sentencia de muerte y Mateo lo sabía. Vagó por Madrid sin saber que podría hacer hasta que, de sopetón, encontró a Carlos Ribas, antiguo conocido en la militancia del PCE.

Carlos, que ya llevaba tiempo en la Falange, le preguntó para saber de él, y Mateo le contó lo suficiente para que pudiera deducir todo lo demás.

“Necesito una pistola, para defenderme”.

Pero Ribas no la tenía y le dijo que trataría de conseguírsela. Efectivamente, unos días después, volvieron a verse y le entregó el arma que necesitaba, aunque el cargador no era el suyo.

Mateo le revelaría, más tarde, que no se había fiado de que la pistola funcionase y se fue al fondo de la Casa de Campo para probarla.

La relación entre ambos ex-comunistas continuó.

¿Cómo es que tu estas, ahora, con los fascistas?

Carlos Ribas le contó su experiencia y su descubrimiento del proyecto revolucionario de José Antonio Primo de Rivera que, lógicamente, Manuel Mateo desconocía.

Terminó pidiéndole que le ayudase, como él, a integrarse en el falangismo y no solo buscando protección sino por convicción.

Carlos, junto con Luis López Pando, por entonces capitán del ejército, le avaló y conoció, personalmente, al Jefe nacional.

De haber vivido en casa de Dolores Ibarruri pasó a vivir en la fonda Doña Germana, compañera de Nicasio Álvarez de Sotomayor, en la calle Preciados de Madrid.

Sotomayor, le acogió en la CONS, pero sus relaciones no eran fáciles.

El ex-cenetista opinaba abiertamente: “Este Mateo es un marxista y siempre lo será. Los marxistas pueden cambiar de posición pero nunca de mentalidad”.

Por su parte, Mateo decía de él que:

“Sotomayor es un anarquista, un individualista desordenado que terminará llevando el caos a los sindicatos de la Falange”.

Lo paradójico fue que, cuando Nicasio se separó de la Falange con Ramiro Ledesma, en 1934, derrapó hacia el socialismo marxista y, en las elecciones de 1936, fue elegido en una de las candidaturas del PSOE. En los primeros tiempos de la guerra, me dicen que los falangistas salmantinos de Luna lo fusilaron en Cillero (Cáceres) su pueblo natal. ¿Por qué? ¿Por traidor? Nadie me ha dado una explicación.

Para sucederle, José Antonio, buscó a Mateo y le nombró.

En aquellos pocos meses que antecedieron, en la campaña electoral, a las votaciones decisivas de febrero de 1936, Manuel Mateo acompañó a Primo de Rivera, en todos los mítines, como figura principal, al tiempo que era incorporado a la Junta Política, la más alta Dirección de Falange Española de las JONS.

César Moreno Navarro, que hizo de correo entre José Antonio y Pestaña, recibirá otro encargo similar para tratar de que Don Juan March, el rico propietario del periódico “Informaciones” de Madrid, le diera trabajo a Mateo.

Lógicamente, le conocían bien y sabían de su historial. Don Juan Pujol, que sería director fundador del diario “Madrid” en la posguerra, era, por entonces, el director del periódico y publicó un comentario que José Antonio no admitió.

Les envió una carta de rectificación: “Los antiguos marxistas incorporados a la Falange de las JONS se conducen de un modo intachable y han aportado el sentido profundo de totalidad y disciplina que, en los medios marxistas, se adquiere...”.

¿Cómo era, realmente, aquel ex-comunista que perdería la confianza de Dolores Ibarruri?

Bartolomé Mostaza, que fue Secretario de Redacción en el diario “Ya” de Madrid, me hizo grandes elogios de él:

“Aún siendo autodidacta, era capaz de seguir y comprender cualquier razonamiento y participar en el diálogo y la discusión. Lo entendía todo, fácilmente, y tenía una extraordinaria claridad de ideas”.

Mostaza había participado, regularmente, en unas reuniones, con José Antonio, sobre temas doctrinales. Aunque nadie era excluido de asistir, la realidad era que aquello, en esos momentos, parecía interesar a pocos. Entre los asistentes, además de Mateo, que nunca faltó, estaban Julio Ruiz de Alda y mi gran amigo Carlos Juan Ruiz de la Fuente, quien me comentó:

“Mateo intervenía en pie de igualdad”.

Mariano García, ocupado en la burocracia de la jefatura nacional, añadió:

“No era muy buen orador pero sabía arrancar los aplausos del público. Lo que sí era es un gran organizador, con tenacidad imbatible”.

Enrique Castro, fundador del 5º Regimiento, origen de la fuerza militar comunista en la guerra de 1936-39, miembro del Comité Central del PCE y Subcomisario General del Ejército de la República, lo describe así en su libro “Hombres made in Moscú”:

“Se encontraba en la dirección de la Falange un tal Mateo, que había sido comunista y, durante cerca de dos años, Secretario de Organización del PCE en Madrid.

“Era moreno, rechoncho y frío, Y extremeño, lo cual quiere decir que terco. Conocía perfectamente el sistema de organización del Partido, sus métodos conspirativos, su táctica. Fue, sin duda, uno de los hombres más útiles que tuvo Primo de Rivera para su lucha contra los comunistas. Porque, aparte de sus conocimientos, odiaba a los comunistas de la misma manera que los comunistas le odiaban. Además, su instinto de conservación le obligaba a una lucha implacable contra el Partido Comunista. Porque sabía que era un condenado a muerte, aunque sin hora ni fecha para morir”.

Enrique Castro no sabía que era navarro y no extremeño, como solía presentarse para no implicar a su familia y hasta utilizaba seudónimos para confundir.

Manuel Mateo, con José Antonio habló el 16 de marzo de 1935, en un mitin y luego pasó por Villagarcía, Salamanca y Toro, defendiendo el mensaje de la Falange.

Precisamente de Toro (Zamora) fueron estas sus últimas palabras, que resumían las ideas de José Antonio:

“Los socialistas, desde el Poder, traicionaron a su Clase, haciendo una política supercapitalista. Nosotros somos nacional-sindicalistas, propugnando una España con moral y sentido nacional. Distinguimos la propiedad privada del capitalismo. La primera, la defendemos por ser relación del hombre con las cosas, pero, en cuanto al capitalismo, contra ese monstruo anónimo y financiero, estaremos siempre en guardia”.

Pasado un año, el 14 de marzo de 1936, un mes después de la victoria electoral del Frente Popular, fueron encarcelados todos los miembros de la Junta Política menos Alfaro y Manuel Mateo.

Como era un experto en la clandestinidad, fue un colaborador eficaz de lo que quedaba en libertad. Cuando se produce la sublevación militar, llegó a Madrid, sin posibilidad de conectar con sus camaradas y desesperado por lo que estaba ocurriendo. Le buscaron refugio, alquilando una casa en la Cuesta de San Vicente, con la documentación de Manuel Hedilla, que tenía.

Pero le descubrieron sus antiguos amigos, le detuvieron y se lo llevaron hasta una de sus chekas para torturarlo hasta morir.

Castro Delgado se refiere al trágico desenlace contando:

“Cuando llegue al zaguán, ví a las gentes andar de un lado para otro, con cierta precipitación”.

¿Qué pasa, cantarada Santi?

¡La caza ha sido buena esta noche....! Mateo entre ellos... y Matorras... Si quieres presenciar un gran espectáculo, quédate.

No puedo.

Entonces, ni te entretengo ni me entretengo.

Y desapareció -continúa el fundador del 5º Regimiento- mientras me dirigía al coche.
- “Al Ministerio de la Guerra”.

“Mientras el coche recorría la corta distancia que separaba la calle Serrano de la Glorieta de Cibeles, pensé en las tareas de Santi. Hice un gesto de desprecio: muchos hombres para matar a un hombre, muchas horas para convertir a un “vivo en un muerto...”.

Enrique Castro, con el tiempo, también dejó de ser un hombre de Moscú.

X. LA FALANGE REVOLUCIONARIA NO PUDO SER

El aplastante triunfo del Frente Popular, que incluía desde los lerrouxistas de Diego Martínez Barrio al Partido Sindicalista de Pestaña, el PSOE de Largo Caballero, la Izquierda Republicana de Azaña y el Partido Comunista de “La Pasionaria y Carrillo”.

Pero, quienes inclinaron, decisivamente, la balanza fueron los anarcosindicalistas de la CNT que abandonaron el abstencionismo tradicional ante la política de los partidos políticos, a favor de la amplia coalición de las izquierdas.

La gran derrotada fue la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) que, antes, había gobernado junto con el histórico Partido Radical de Alejandro Lerroux.

La Falange, que rechazó su inclusión en la CEDA, presentó candidatura en algunas provincias y fracasó. La batalla electoral estaba tradicionalmente planteada entre las dos grandes opciones y no quedaba espacio “democrático” para ninguna otra.

No podía ser inesperado el resultado. La represión de la sublevación antidemocrática de socialistas y comunistas armados había dejado un rastro de sangre por ambas partes, que imposibilitaba cualquier posibilidad de coexistencia pacífica. Y, al final, el asesinato de Calvo Sotelo, líder de la derecha parlamentaria, por la propia Policía gubernamental, no dejaba para la Derecha otra salida que la sublevación militar. Y así fue.

Las masas triunfadoras, vengativamente, habían llevado a las calles la pasión amenazadora, como anticipo de las matanzas genocidas que se practicaron después. Desde el humorista Don Pedro Muñoz Seca hasta el pensador Ramiro de Maeztu que había militado en el “guildismo” socialista británico, miles de personas fueron matadas sin piedad y sin juicio legal por la República que perdía así toda razón de legitimidad.

Diez mil sacerdotes, obispos, frailes, curas y monjas fueron víctimas de un genocidio, salvaje y sin tapujos, como los del nazi Hitler o el comunista Stalin.

Por su parte, los militares y civiles que se sublevaron el 18 de julio de 1936, impusieron la táctica del “paseo” de los enemigos, como respuesta tan criminal como la de los otros.

Era una locura general, cuando vinieron a salvarnos los alemanes de la “Legión Cóndor” y los tanques rusos de Stalin.

La Falange, el 27 de febrero de 1936, a los pocos días de las elecciones, había sido encarcelada. Los integrantes de la Junta Política, encabezada por José Antonio Primo de Rivera, menos José María Alfaro y Manuel Mateo, que lograron evitarlo, pasaron a la Cárcel Modelo de Madrid. La represión se generalizó contra los falangistas, salvo en la

zona que controlaría la sublevación, que les liberó. Ya no tenían otra opción.

Al igual que la Iglesia Católica predicó una cruzada contra quienes mataban a sus fieles, la Falange de la zona “nacionalista” levantó la bandera de la movilización de cien mil voluntarios combatientes.

El dilema, por ambas partes, era matar o dejarse matar. No había para ellos otra solución.

Julio Ruíz de Alda, el aviador famoso por la primera travesía aérea del Atlántico Sur; Enrique Matorras, ex-secretario de las Juventudes Comunistas; Manuel Mateo, ex-secretario de organización del PCE; Juan Orellana.... Prácticamente, toda la corriente de izquierda de la Falange, incluidos los rojos-rojos, fue barrida por ambas partes.

A José Antonio Primo de Rivera lo fusilaron en la cárcel de Alicante y a Manuel Hedilla, que le sucedió, los “nacionales” de Franco le condenaron a muerte también.

La expectativa pacifista del Jefe nacional de la Falange en el “Arriba” del 31 de octubre de 1935 no se cumplió.

“Será inútil buscar precedentes de una torpeza mayor que la lúcida por las derechas españolas... Azaña está a la vista... Azaña volverá a tener en sus manos la ocasión cesárea de realizar, aun contra los gritos de la masa, el destino histórico que le había elegido dos veces.

Pero Azaña no quiso o no supo parar la barbarie que fue desatándose sin piedad. A José Antonio no lo mataron en la Cárcel Modelo de Madrid porque el 5 de junio de 1935 lo habían trasladado a la cárcel de Alicante.

“La situación de la Falange -escribió Payne, historiador americano- se hacía cada vez más desesperada. Cada día se producían nuevas detenciones. Con seis meses más de persecución, por parte del Gobierno, el partido quedaría completamente deshecho. Evidentemente, la Falange tenía que conseguir alguna ayuda y lo antes posible”.

Así se explica el apoyo decisivo que a Franco le prestó. Salvo en el Protectorado de Marruecos, el ejército casi no existía en la Península y los sublevados no se fiaban de sus propios soldados. La movilización de miles de falangistas y de los tradicionalistas navarros fue el ejército civil que lo salvó.

Pero José Antonio, desde la cárcel de Alicante, nada podía hacer aunque lo intentó.

Diego Martínez Barrio, quien llegaría a ser Presidente de la República en el exilio, pronunció una conferencia, el 23 de abril de 1941, en el Centro Español de México, en la que reveló:

“Una tarde, me llevaron una carta dirigida a mi nombre. La firmaba el organizador e iniciador de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, por aquel tiempo preso en la cárcel de Alicante. Esta carta decía lo que voy a leer y que, en el primer momento, me produjo perplejidad:

“José Antonio Primo de Rivera. Abogado. Prisión Provincial de Alicante, 9 de agosto de 1936”.

“Excmo. Sr. Don Diego Martínez Barrio - Presidente de las Cortes.

Respetado señor Presidente:

Después de una detenida deliberación, en conciencia y con la mira en el servicio de la España de todos, tan gravemente amenazada en los presentes días, me decido a solicitar una audiencia de usted. No será difícil llevarla a cabo; podrían trasladarme una noche al Gobierno Civil, como si fuera a ser interrogado por el gobernador y allí ser recibido por usted, sin que se entere nadie. La audiencia podría quizás ser útil y en ningún caso perjudicial. De todas maneras, usted será quien decida; yo creo que he cumplido con mi deber al escribirle estos renglones.

Le da las gracias anticipadas por la atención que le preste, su respetuoso s.s. y amigo q.e.s.m.”.

José Antonio Primo de Rivera

“Martínez Barrio consultó con Giral, Presidente del Gobierno, anunciándole el envío de una persona de su confianza para darle cuenta de la propuesta recibida”.

“Le añadí - comenta - mi opinión favorable a que se escuchara al Sr. Primo de Rivera, pero haciendo la salvedad de que no era yo (como Presidente de las Cortes), la persona indicada para oírle, por razones múltiples que, inmediatamente, pesaron en el ánimo del Presidente del Consejo de Ministros. El Sr. Giral me contestó enseguida, después de haber consultado con sus compañeros de Gobierno, que creía también conveniente oír al Sr. Primo de Rivera.....Entonces, de común acuerdo, se designó, para que se trasladara a la Prisión Provincial de Alicante, al Secretario de la Junta Delegada de Levante, Don Leonardo Martín Echevarría”.

La propuesta concreta que hizo José Antonio fue -según la conferencia de Martínez Barrio- que se le permitiera salir de la prisión, donde se reintegraría al cabo de cierto tiempo, para lo cual daba su palabra de honor, con el fin de realizar una gestión en el campo rebelde orientada a la terminación de la guerra civil y al sometimiento de los militares y civiles rebeldes contra la República, al Gobierno legítimo. Hablaba también de unas soluciones intermedias que podrían ser base de esa negociación; pero insistía, en la necesidad de que se pusiera término a la contienda que se había iniciado, porque creía, el, como español, que sumiría en el caos y en la ruina a la patria.

“El Gobierno conoció -comentaba Don Diego- esta proposición del Sr. Primo de Rivera y no la aceptó porque, evidentemente, no era posible aceptarla”.

José Antonio fue sometido a juicio con jurado popular, integrado no por personas neutrales sino, abiertamente, enemigas de él. Y le condenaron a muerte.

En el curso de su defensa, explicó cual era la doctrina social de la Falange y produjo cierta sorpresa. Uno de los miembros del Jurado, comentó:

“Para hacer eso, ya estaba la CNT”.

La afinidad de José Antonio con el pensamiento del sindicalismo revolucionario quedaba patente en aquella respuesta.

La Falange, de los últimos tiempos, de aquel Primo de Rivera, desaparecería con él, con Ruiz de Alda, con Manuel Mateo, con Juanito Orellana, con José Julio Fernández, con Matías Montero y García Vara, con toda la gente extraordinaria que se cubrió con la bandera roja y negra de las JONS.

Lo que quedó, fue otra cosa, aunque cantaran el “Cara al Sol”.

A José Antonio lo fusiló un pelotón de comunistas en el vacío patio de la cárcel.

Como no tenía otra cosa, se desnudó hasta del abrigo de invierno, con voluntad de llegar desnudo al juicio de Dios.

XI. ¿QUEDÓ ALGO DE AQUEL PROYECTO DE REVOLUCIÓN?

El testamento de José Antonio no fue solo lo que escribió en su celda de Alicante.

También lo es el conjunto de sus declaraciones ante el Tribunal y el Jurado popular que le condenó.

Cuando supe que José María Mancisidor tenía el texto taquigráfico y que pensaba traducirlo, para hacer un libro, logré convencerle de que me cediera ejemplares para su distribución, en una librería de temas sociales y políticos.

En poco tiempo, me quedé con pocos, hasta que un sobrino suyo me pidió que se los

devolviera. Lo hice y le pagué. Nunca más he sabido si se continuó o no la difusión de aquel extraordinario documento.

El resumen de lo que pensaba y de lo que tenía que decir está también en las páginas del “Arriba”, en línea con su último discurso público, en libertad:

“Las personas que suponen que el régimen capitalista está en quiebra, en sus últimas manifestaciones, entienden que este régimen capitalista tiene que dar paso a una de estas soluciones: o bien a la solución socialista o bien a la solución sindicalista”.

“Poco más o menos -seguía diciendo-, los socialistas entregan la plusvalía, es decir: el incremento de valor del trabajo humano, a la actividad organizada en Estado. En cambio, el sistema sindicalista adjudica esta plusvalía a la unidad orgánica del mismo trabajador”.

Se diferencian los dos, del sistema capitalista actual, en que este la adjudica al empresario, que contrata al trabajador.

“Pues bien, como la Falange Española ha creído, desde un principio, en que el sistema capitalista está en sus últimas manifestaciones y que, precisamente, esta es la crisis de nuestra época, al decidirse por uno de los dos, optó por el sindicalista porque creo que conserva, en cierto modo, el estímulo y da una cierta alegría de trabajo a la unidad orgánica del trabajador”.

Pero no solo esto: hay que recordar que prometió la nacionalización de la Banca a los quince días de alcanzar el Poder.

Nada de ello se realizó y lo que representaba aquella revolución falangista, sigue pendiente para muchos de quienes le escucharon o le leyeron.

Mi gran amigo Enrique de Aguinaga, publicó en la revista “Índice”, de Juan Fernández Figueroa, lo que titulaba: “Informe particular sobre la Falange de José Antonio”, en el que reunía cuanto se había dicho, sobre él, como y el por qué.

Este trabajo lo he leído varias veces, por su indudable interés. Apareció el año 1972 y, en 1976, cuatro años más tarde, el Círculo Cultural Hispánico, de Barcelona, lo reeditó.

Han pasado muchas cosas desde que José Antonio habló y escribió. ¿Queda algo válido de cuanto dijo?

La nueva crisis del sistema capitalista, una más de las que, cíclicamente, se han ido produciendo, la más grave de todas, estalló el año 2008.

Rompiendo los esquemas de la economía liberal de mercado, el Estado, los estados, se han visto obligados a intervenir, para salvar bancos y dar limosnas de supervivencia no a los banqueros “ferrados” de millones y en condiciones de sobrevivir a la tempestad, sino a millones de trabajadores y pequeños empresarios, como si eso fuera una solución.

Y se dice, sin tapujos, que hay que hacer reformas, más reformas de las que ya antes se hicieran con la misma finalidad: tratar de que todo siga igual y que la catástrofe de ahora no se repita jamás.

¿Qué propondría ahora José Antonio? Su revolución partiría de estas propuestas:

1. La Banca no puede seguir siendo el negocio usurario de carácter privado, sino un servicio público.

2. La empresa, debe ser propiedad, sólo, de quienes trabajan en ella.

3. Los propietarios particulares del dinero, si lo aportan a la empresa, de alguna manera, tendrían un derecho de renta y amortización pero nunca de decisión en ella, incluso si procede del Estado.

4. La economía de mercado subsistiría, y, en ella, las entidades que garanticen su defensa y protección.

En esta línea habría que buscar soluciones. Las empresas no tendrían que recurrir al

despido de personal ni pedir al Estado la salvación coyuntural. Los problemas que ha planteado la ambición capitalista, al mundo entero, no se habría suscitado, al menos en los términos de lo que vamos sufriendo.

Estamos en un momento histórico propicio a la Revolución. Pero ni los sindicatos ni los partidos, que son instrumentos del sistema en crisis, están dispuestos a sacrificar sus intereses, para llegar a una auténtica solución. Y los trabajadores, educados por el materialismo, esperan, tan solo, que el milagro, que les dicen, se produzca o están aterrados sin encontrar salidas.

Lo que José Antonio proponía a Manuel Mateo, el veterano comunista, o al joven socialista Matías Montero, o a Pestaña, lo que predicó por campos y pueblos en el despertar de una esperanza, no lo enterrarían con él.

No es de Derechas ni de Izquierdas, ni de Centro: La Justicia vale para todos.

La Revolución no es robar ni matar sino resolver, solucionar. Y, en esa línea, el cura Arizmendi Arrieta, hace pocos años, encontró una salida que José Antonio, Manuel Mateo y Pestaña podrían firmar.

Pero, como mi amigo Don José María, parece que, por ahora, no hay más. ¡Ojalá me equivoque!, pensaré.

ANEXO PRINCIPAL:

MARCIANO PEDRO DURRUTI DOMINGO

Por José María García de Tuñón-Aza

La primera vez que me fijé en este nombre, hermano del anarquista Buenaventura Durruti, fue leyendo hace algún tiempo *El libro de San Marcos* del escritor leonés Victoriano Crémer, Éste se refiere a él como Pedro y en ningún momento lo llama Marciano, algo que, por otra parte, sirvió para que algunos en algún momento creyeran que Marciano y Pedro eran dos personas distintas. Es decir, dos hermanos que para esos “algunos” ambos tendrían un final trágico. Posteriormente, leí el libro *Historia del anarquismo leonés*, escrito por varios autores, y tampoco figura el nombre de Marciano en ningún lado, aunque él sí firma todos los documentos, con letra muy legible, con el nombre de Marciano, y como “Marciano Pedro” es citado en el juicio.

Crémer a lo largo de su relato, cuenta una historia que me llamó mucho la atención. Cuando se está refiriendo a los hermanos Durruti, escribe estas palabras: “A Buenaventura, ya todos los saben, le había derribado una de esas malas balas perdidas... y Pedro, anarco-falangista, fue llevado a uña de caballo loco por aquel tremendo don Alfonso, Auditor Especial para los delitos, culpas y complicidades en el episodio que un tal Hedilla capitaneara en Salamanca y de cuyo nombre y demás características político-sociales yo no tenía la menor idea, ni por supuesto, ningún afán en corregir mi ignorancia. A aquel Pedro Durruti, bajo y fuerte como un legionario romano de mirada insolente y penetrante, como todos los del clan, y palabra arrebatada, le mataron un domingo para más inri...”.

A continuación, Crémer relata una serie de hechos relacionados con este “guerrillero nacional-sindicalista”, como él le llama, que por su interés vamos a reproducir porque nos aclara, a su manera, la figura de Marciano Pedro Durruti Domingo que fue condenado a muerte en el juicio celebrado en León en agosto de 1937:

“Una y otra vez, aquel Durruti sorprendente, intentó explicarme el proceso no de su conversión, que no aceptaba, porque en el fondo continuaba nutriéndose de sus ideologías fluctuantes entre el anarquismo clásico y detonador de su hermano

Buenaventura y la atracción que la espectacularidad de los fascismos le producía... Convencido de que ambas fuerzas o versiones de un mismo principio revolucionario - explicaba- antimarxista y anticapitalista, podían conjugarse, se entregó al juego, siempre peligroso de las connivencias. Y dado que de su radicalismo revolucionario nadie tenía derecho a dudar, conocidos los orígenes y biografías familiares y también su anterior militancia cenetista, entendió que debía predicar con el ejemplo, insertándose en las filas de Falange, como signo de la posible y conveniente fusión, que, por cierto, el propio José Antonio contemplaba con ilusión, pues que de esa manera se vendría a dotar de sangre proletaria, de verdad revolucionaria, el cuerpo teórico de un movimiento de señoritos (sic)... Y le acogieron con los brazos abiertos. Y Pedro Durruti comenzó a desplegar actividades en los distintos campos, convertido en conspirador de la fusión o de la confusión. Y fue de José Antonio a Buenaventura y de éste a Ángel Pestaña. Y a punto estuvo de ser estrangulado por su propio hermano cuando le llegó con la embajada del desafortunado contubernio.

“No tiene visión de la realidad -me explicaba-. Juega a revolucionario de novela rusa. Los tiempos han cambiado y las tácticas revolucionarias han de ajustarse a los tiempos nuevos.”

“Pedro, el hombre, sentía lo que decía. O al menos a mí me lo parecía. Pero ahora, que lo analizo a distancia, creo que lo ganaban los signos externos, las formulaciones jerárquicas, los despliegues de banderas, los himnos, las músicas, lo teatral de la representación. Argumentaba con figuraciones, con símbolos, más que con ideas. Y así como el cántaro rompe de tanto ir a la fuente, la militancia falangista y la probanza de voluntades del uno y del otro campo, dieron con él en la cárcel. Cuando Buenaventura lo supo, no se alteró. Sencillamente pensó en voz alta: “Allí está bien”.

“Le sacó del compromiso su paisano, el leonés Ángel Pestaña, que acudió al mismo Azaña recabando la libertad del hermano pródigo, Y cuando la cosa estaba que ardía por los cuatro costados de España, Pedro Durruti se refugió en su tierra. En ella estaba su familia. Sobre todo, la gran madraza-hermana, Rosa, que ya casada, regentaba, más o menos, un bar en el pueblecito de Trobajo del Camino... ¡Qué esforzada, heroica, triste y sufriente matrona esta Rosa Durruti, cuando la conocí, con el alma en vilo por aquél hermano mayor que le mataban todos los días un poco en el área republicana entre explosiones; y en esta nacional a lanzazos como Santiago a los moros por infiel. Y ahora, para mayores complicaciones y confusiones, este hermano pequeño, superviviente de la familia, que se llegaba a ella para que le bordara las flechas y el yugo distintivos sobre la camisa”.

Y sentí la mirada asombrada, abrumada de aquella mujer fuerte y vi cómo se reclinaba en la cocina del establecimiento y cómo al cabo de un tiempo, al regresar con la camisa estampillada, tenía los ojos cargados de lágrimas y desalientos... Y ahí terminaban mis relaciones con los presuntos difuntos atrapados en la tupida red tendida por el perseverante auditor especial de la causa abierta a todos los vientos del país por el inútil coletazo de aquel juez intrépido pez escamado de la llamada Falange Española y de Ofensiva Nacional Sindicalista a cuya ya de por sí larga enunciación se intentaba agregar lo de Tradicionalista, sin consultar a los que se atribuían la representación y aún la herencia del prisionero y pre-muerto de Alicante.

“Después de la extravagante aventura de mi detención y de mi correspondiente ingreso en la cárcel de Puerta Castillo fui aclarando bastante la composición de aquel pastel, que el conocimiento como la sangre entra, aunque confieso que sin conseguir la claridad total, en tan turbia manipulación de vanidades, resentimientos y soberbias que

no consiguieron nunca ni los más santos de la devoción de los mártires, ni los más conspicuos de la fidelidad de los verdugos. Llegue a saber que un Vicente Cadenas, hijo de familia bien ilustrada de la ciudad, había tomado las de Villadiego con todo y su cargo nada menos que de Jefe Nacional de Prensa y Propaganda, o por eso precisamente, que tampoco Fernando Vélez, Jefe Provincial de la Falange de la Jurisdicción y figura bien afirmada en los anales del Movimiento, andaba exento de sospechas» siendo cuidadosamente vigilado, como todos, y que, salvo contactos casuales en razón de su militancia, ninguno de los implicados, ni siquiera el infeliz Pedro Durruti, sabía absolutamente nada del conflicto salmantino”.

El libro *Historia del anarquismo leonés* también se refiere a ese conflicto salmantino: “Primero anarquista, luego falangista, Pedro Durruti tuvo una trayectoria extraña, hasta que fue fusilado acusado de participar en la conspiración hedillista”. Como vemos, estas últimas palabras coinciden con lo dicho por Crémer -aunque después reconoce que Durruti no “sabía absolutamente nada del conflicto salmantino”-, y esto era lo que no acababa de encajarme. Si a Manuel Hedilla, a pesar de sus dos penas de muerte a las que fue condenado, no lo fusilaron entonces, ni tampoco a Ruiz Castillejo, de los Santos y Chamorro, condenados a muerte en el mismo Consejo de Guerra que condenó a Hedilla, ¿por qué iban a fusilar a un falangista que no tenía mayor realce que la de ser hermano del anarquista Buenaventura? Además: ¿Por qué no fueron más los condenados a muerte o es que sólo era él el que estaba en aquella conspiración?. Las piezas no encajaban. En el libro *Testimonio* de Manuel Hedilla, Durruti no es citado en ningún momento. Tampoco en el de Maximiano García Venero *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*. Todo era muy confuso. Tenía que haber otro motivo.

Así, pues, con los pocos datos que disponía quise averiguar algo más sobre el fusilamiento de Marciano Pedro Durruti. Tuve un día la oportunidad de conocer a un viejo falangista llamado Antonio Santiso Lamparte, perteneciente a la Central Obrera Nacional Sindicalista (CONS) con el número de afiliación 2.042, que fue nombrado Jefe Local Sindical de la localidad de Bembibre (León). Antonio había compartido con Durruti inquietudes sindicalistas lo que les llevó a ser grandes amigos: “En cuestiones sindicales coincidíamos bastante”, nos decía Antonio Santiso al mismo tiempo que me entregaba una carta de fecha 26 de marzo de 1996 en la que entre otras cosas me escribía: “...uno de los días que me desplazé a León para continuar la campaña en defensa de los agricultores y obreros de las fábricas azucareras fui a visitar al Jefe Provincial de Falange Reinerio Gago González y éste me informó que habían sido detenidos Rodolfo de Assas (Jefe Provincial Sindical), el administrador del Sindicato cuyo nombre no recuerdo, y Pedro Durruti por conspiración contra el Régimen, que habían sido llevados a San Marcos por el servicio de contraespionaje del Ejército, y me aconsejó que me fuera para Bembibre. Así lo hice para evitar que me detuvieran a mí también como estaban haciendo con los que tenían contacto con los detenidos. Pasados unos cinco meses me enteré que Rodolfo y el administrador habían salido absueltos y que Pedro Durruti había sido fusilado. Mi impresión personal es que fue el pagano de llevar el apellido Durruti y en todo el tiempo que conviví con él tengo la impresión que era un falangista de ley y toda la familia de León gozaba de un gran prestigio como honrado y trabajador.

Pasó el tiempo y mis averiguaciones se interrumpieron, pero el tema no lo olvidaba. En alguna ocasión pregunté a personas, que podían estar más o menos enteradas en dónde podía encontrarse la causa de aquel juicio que condenó a muerte a Marciano Pedro Durruti Domingo. Unos me apuntaban León, pero en esta capital no hallé los

papeles que buscaba después de un desplazamiento que hice a esa ciudad. Me hablaron también de Salamanca, incluso de Valladolid, y ahí quedó todo. Fue pasando el tiempo, pero mi idea de un día conseguir llegar hasta ese sumario seguía metida en mi cabeza.

Una primera pista me la dio un periódico de Madrid que dedicó en abril de 2007 un reportaje a “el hermano falangista de Durruti”. Citaba a un sobrino, Manuel Durruti Cubría que decía haber encontrado los papeles de la causa 405/37. Sí, pero el periódico nada decía del lugar en donde se encontraban esos papeles. Quiso la casualidad que, meses más tarde, conociera a Roberto Tomás Rodríguez Valcarce, un joven interesado por aquella bella gesta de un puñado de soldados que durante nuestra Guerra Civil resistieron el fuego del enemigo atrincherado en el Cuartel de Simancas de Gijón que había sido colegio de los jesuitas, y del que la Segunda República se incautó después de que fuera disuelta la Compañía de Jesús. Cuando le comenté mi interés, sin titubear un solo momento, contestó: “Sin duda alguna, están en el Archivo Militar de Ferrol”. Lugar que él había visitado a causa de sus investigaciones. Efectivamente, allí estaba toda la documentación que desde hacía mucho tiempo tanto interés había puesto yo por conseguir una copia de lo que terminó siendo la causa 405/37.

Mientras tanto, seguía leyendo lo más posible sobre el tema, porque no entendía muy bien que para historiadores, incluso biógrafos, de Buenaventura Durruti, Marciano Pedro pasara casi desapercibido. Abel Paz, biógrafo de Buenaventura por excelencia, escribió sobre éste un libro de cerca de ochocientas páginas y cita a su hermano, al que sólo llama Pedro, en tres ocasiones y en ninguna de ellas nos habla de cómo terminó sus días; Cesar Vidal, autor de una biografía sobre José Antonio Primo de Rivera, plagada de mentiras, publicó otra sobre Buenaventura Durruti, copiando a Abel Paz sin citarle -según escuché a éste en la presentación de su libro en Oviedo el veintidós de noviembre de 1996-, y no se enteró de que Buenaventura tenía un hermano llamado Marciano Pedro que acabó sus días ejecutado ante un pelotón formado por “individuos de la misma organización del condenado”. Por otro lado, son muchos los errores que se cometen con el triste final de este falangista. Joan Llarch, por ejemplo, publicó un libro titulado *La muerte de Durruti*, en referencia a Buenaventura, y otro sobre Franco donde al referirse a unos fusilamientos, dice: “También, entre los que fueron fusilados en la Cárcel Modelo de Madrid, figuró Pedro Durruti Diuenge, falangista y hermano del famoso Buenaventura Durruti. Causa sorpresa también las declaraciones que hace un viejo falangista, Narciso Perales, a Eduardo Guzmán publicadas en el periódico Diario 16, y, posteriormente, recogidas en un libro por José Luis Martínez Morant. Declara Perales: “Yo, también como tú, soñé toda mi vida con la revolución. Pero es obvio que no con la de Buenaventura Durruti, sino con la de José Antonio, con la que también soñaron Pedro Durruti, falangista antiguo, fusilado en Barcelona al comenzar la guerra, y Marcelo Durruti, fusilado en León por los enemigos de la Falange, poco después de su incorporación a ella. Estoy seguro que la muerte brutal de sus dos hermanos falangistas fue para él -que era ante todo un hombre bueno- un terrible dolor que sólo pudo mitigar el fragor de la lucha”.

El sobrino de los Durruti, Manuel, que ya hemos citado y que al parecer es conocedor de toda la causa 405/37, en un artículo que tiene colgado en Internet, con una pésima redacción, hace referencia a Marciano Pedro en estos términos: “Por año 1935 es por estas fechas cuando hay una conversación de Pedro Durruti (hermano) falangista con Buenaventura, para proponerle, por encargo de José Antonio, un modelo italiano a lo Mussolini. La respuesta de Buenaventura fue premonitoria: “NO”. Diciendo a su hermano: “Ya verás que pago te darán los fascistas”. Pedro fue fusilado por los

falangistas de León acusado de conspiración”. Como se ve, no escribe el nombre completo de “Marciano Pedro”. Algo que tampoco hace el periodista Gustavo Morales, porque cree se trata de dos personas distintas, según se desprende de su artículo publicado en el n^o 66, agosto 2007, de la revista electrónica de *El Catoblepas* que tituló *Falangistas contra Franco: los azules fusilados en 1942*. Escribe Morales en su segundo párrafo: “Hay casos llamativos por el apellido, Marciano y Pedro Durruti, hermanos de Buenaventura, el líder anarquista asesinado el 20 de noviembre de 1936, eran falangistas. Pedro había sido miembro del grupo anarquista leonés Paz y Amor en septiembre de 1932. Cayó en las sacas republicanas. El caso más interesante es el de Marciano, que ingresó en Falange en febrero de 1936, avalado por José Antonio Primo de Rivera, y el 1 de abril le entregaron el carné número 1.501 de FE de las JONS. Su hermana Rosa Durruti le bordó el yugo y las flechas. Marciano realizó gestiones para un encuentro entre Buenaventura Durruti, líder de la Federación Anarquista Ibérica y Primo de Rivera”. Nada dice del final de “Pedro”, aunque añade que “Marciano tuvo aún peor suerte con las derechas... fue asesinado en la zona nacional, de nada le sirvió el carné de falangista ni el apellido”. En fin, todo un lío. Pero lo que es más extraño todavía es que Morales, aunque omite el *Considerando*, publica el *Resultando* y el *Fallamos*, donde es condenado a muerte Durrutí, dejando muy claro, como veremos más adelante, que en la causa lo citan con el nombre de “Marciano Pedro Durruti Domingo”. Con estos mismos nombres y apellidos figura en el certificado de defunción que extendió el Juez Municipal encargado del Registro Civil de León.

Sin embargo, nadie de los que se han preocupado del tema, escribe las causas o lo hacen equivocadamente, por las que fue acusado Marciano Pedro Durruti y que hicieron que un Tribunal Militar lo condenara a muerte. Lo que dice Victoriano Crémer aunque después parece contradecirse sobre las “culpas y complicidades en el episodio que un tal Hedilla capitaneó en Salamanca”, no es cierto, tal y como sospeché desde el primer momento. Solamente uno de los testigos cita a Hedilla al referirse a Durruti como “partidario de los principios de Falange y por tanto partidario de Hedilla”. Así y después del testimonio de varios testigos, el Fiscal llega a las siguientes conclusiones:

El procesado Marciano Pedro Durruti, elemento de confianza de la organización anarquista y por ello encarcelado el 11 de diciembre de 1933, detenido el 10 de octubre de 1934 por considerarlo directivo de aquel movimiento sedicioso, trató meses antes de iniciarse el Movimiento Nacional de ingresar en la Organización de Falange Española de esta capital y resultando inútiles las gestiones realizadas en tal sentido, con una insistencia sospechosa, se trasladó a Madrid donde era menos conocido y cotizando su apellido de historia revolucionaría de acción, sorprendió la buena fe de los dirigentes logrando su confianza. En pago de ella, de la cordial acogida que le fue dispensada y del olvido generoso de sus antecedentes, como elemento de enlace que era de la organización de su procedencia, apareció pronto complicado en la desaparición del fichero, puesto bajo su custodia, siendo rumor que circuló con insistencia que lo vendió a la Dirección General de Seguridad y hecho cierto que aquel fichero sirvió de guía para detener y fusilar a un buen número de afiliados a la JONS madrileña.

Sigue el Fiscal con sus conclusiones que hacen al detenido inculparle aún más en su forma de proceder durante el primer año de Guerra Civil en España, llevando a pedir para el procesado “la pena de reclusión perpetua a muerte”.

Iniciado el Movimiento Nacional, que le sorprendió en zona roja, apareció en esta ciudad por el mes de septiembre, consiguió vencer la natural repulsa de Falange Española y admitido de nuevo en sus filas llegó a ocupar el cargo de chofer de la CONS

y otra vez siguiendo la línea de conducta trazada de antemano, traicionó no ya a la Falange sino a la Patria y en momentos precisamente de peligro grave. En distintos folios sumariales aparece la tenaz actitud del procesado de provocar disgusto y desmoralizar las filas compactas de la retaguardia Nacional vertiendo y difundiendo ideas disolventes de irredento, y, concretamente, en la noche del cuatro del mes actual, en presencia de varias personas, en el domicilio de Lucio Mangas, alcalde de Armunia, decía que él sabía que en el pueblo de Armunia había habido cierto malestar con motivo de celebrarse el aniversario del Alzamiento Nacional por ser un pueblo en su mayoría marxista, que había que trabajar y llevar a Falange a todos los individuos, lo mismo daba socialistas que comunistas y que el objeto era crear un partido fuerte para en su día adueñarse del Poder, que para ello contaba con la Guardia de Asalto y estaba preparando en Valladolid el personal designado para ocupar los cargos, que a toque de corneta se echarían a la calle todos los falangistas para llevar a cabo sus planes y que esto convenía hacerlo antes de que terminara la guerra. Que había que desprestigiar a la Guardia Civil diciendo para ello que en los primeros días del Movimiento había cometido asesinatos abandonando en los montes los cadáveres de sus víctimas. Que había en el Ejército muchas estrellas y que el Ejército ya quería mangonear a Falange. Conceptos repetidos en otras ocasiones y que como queda ya dicho aparecen probados en diversos folios del sumario. Los hechos relatados constituyen un delito de adhesión a la rebelión previsto y penado en el párrafo 2º del artículo 230 del Código de Justicia Militar.

Reunido el Consejo de Guerra en el Cuartel del Cid de León para ver y fallar el Sumario número 405 instruido por el procedimiento sumarísimo contra Marciano Pedro Durruti Domingo y después de haber escuchado al defensor del encausado, quién manifestó que los antecedentes del procesado de su servicio a la Falange y a la Patria debieran servir de atenuantes de su responsabilidad criminal por lo que pedía le fuera impuesta una pena menor que la solicitada por el Ministerio Fiscal. A continuación el Presidente del Tribunal cerró la vista y después de deliberar con el Consejo emitió la sentencia.

SENTENCIA. *En León a veintidós de agosto de mil novecientos treinta y siete, reunido en la Sala de Justicia del Cuartel del Cid el Consejo de Guerra Ordinario para ver y fallar la Causa n.º 405 del corriente año seguido por el procedimiento sumarísimo y por el supuesto delito de adhesión a la rebelión contra el paisano Marciano Pedro Durruti Domingo, oído el Ministerio Fiscal, la Defensa y el procesado y*

RESULTANDO, que Marciano Pedro Durruti Domingo, vecino de León, que fue elemento de confianza de la Organización anarquista y por ello y su participación en una huelga ilegal encarcelado el once de diciembre de mil novecientos treinta y tres y que el diez de octubre de mil novecientos treinta y cuatro estuvo detenido a disposición del Comandante Militar de esta plaza por considerarle como directivo y complicado en el movimiento sedicioso de aquellos días y ser elemento significativo de la FAI, ingresando posteriormente en Falange Española de Madrid. La suposición de que fue a esa última organización con el propósito único de servir de enlace con la de su procedencia y al servicio de ésta, aparece robustecida con la desaparición del fichero puesto bajo su custodia y que según rumor insistente fue a parar a la Dirección General de Seguridad y del cual se tomaron los datos para practicar detenciones y fusilar, ya iniciado el Movimiento, a un buen número de afiliados a la JONS de Madrid, y probado plenamente con su conducta posterior.

RESULTANDO, que iniciado el Movimiento Nacional apareció de nuevo en León

procedente de zona roja y de nuevo consiguió ser admitido en Falange captándose la confianza de los jefes, y abusando de ellos y firme en sus ideas arraigadas de marxista, no desperdició ocasión de difundirlas buscando desmoralizar y escindir la apretada y compacta retaguardia Nacional, y así el día cuatro del corriente mes y año y sobre las veintitrés o veinticuatro horas se presentó en el domicilio del alcalde de Armunia, don Lucio Manga Rodríguez en unión de otros individuos, y en presencia del alcalde citado otros dos vecinos del pueblo hizo las manifestaciones de que él sabía que en aquella localidad se había notado entre el vecindario cierto malestar con ocasión de celebrarse el aniversario del Movimiento Nacional, atribuyéndole a que el pueblo indicado en su mayoría era contrario a aquél.. Que había que trabajar y llevar a Falange al mayor número posible de personas, importando poco que fueran socialistas o comunistas, puesto que el objeto era crear un partido fuerte para en su día hacerse dueño del Poder y que todos los mandos fueran falangistas, ya que el ejército, en el que había demasiadas estrellas, quería mangonear, siendo así que el saluda debía hacerlo el ejército a la Falange. Que la campaña debía comenzar con el desprestigio de la Guardia Civil poniendo en circulación la especie de que en los primeros días del Movimiento habían cometido asesinatos, abandonando en el monte los cadáveres de sus víctimas. Añadió, para mejor convencer a sus oyentes, que contaban con los Guardias de Asalto y estaba preparando en Valladolid el personal designado para ocupar los cargos y que era necesario realizar estos planes antes de terminar la guerra, siendo preferible morir en la retaguardia que morir en el frente, conceptos que repitió el día catorce del corriente mes en el Café Central, en presencia de varios sujetos.

CONSIDERANDO, que los hechos referidos, y que el Consejo estima probados, integran un delito de adhesión a la rebelión previsto y penado en el párrafo segundo del artículo 235 del Código de Justicia Militar; y que se ha puesto de manifiesto de una manera patente la pertinaz insistencia de Marciano Pedro Durruti en realizarlos, apareciendo evidente también por su conducta anterior el propósito deliberado y resuelto de colaborar con los rebeldes en sus fines.

CONSIDERANDO, que el mencionado delito es responsable el procesado Marciano Pedro Durruti Domingo concurriendo contra el mismo las circunstancias agravantes de la trascendencia del delito y del daño que hubiera podido producirse a los intereses del Estado, enumerados en el artículo 173 del propio Código, por lo que debe imponerse la pena de grado máximo.

CONSIDERANDO, que en cuanto a las responsabilidades civiles debe observarse el decreto Ley de diez de enero último.

Vistas las disposiciones citadas y concordantes.

FALLAMOS, que debemos condenar y condenamos a Marciano Pedro Durruti Domingo como autor responsable de un delito de adhesión a la rebelión con circunstancias agravantes a la pena de MUERTE. En cuanto a las responsabilidades civiles se reservan a los perjudicados las acciones correspondientes en la forma establecida por Decreto Ley y Orden de diez de enero del corriente años, remitiéndose testimonio de esta sentencia a la Comisión Central de incautación de bienes por el Estado.

Así por esta nuestra sentencia lo pronunciamos, mandamos y firmamos, Firmas ilegibles.

Para la ejecución de la pena de muerte, fue designado como lugar el Campo de Tiro

de El Ferral (León), habiendo sido oficiado al jefe provincial de Milicias de FET y de las JONS para que designase el piquete que, al mando de un oficial, tendría que ejecutar la pena impuesta. Ésta se cumplió el día 22 de agosto de 1937 a las diez y ocho horas y media.

Nota del autor:

Artículo publicado en la revista *Altar Mayor*, n° 127, marzo-abril de 2009 y firmado con el nombre de José M^a San Román dado que en ese mismo número se publicaba otro artículo mío y no quise repetir la firma con el mismo nombre. También fue publicado con mi nombre en la revista digital *El Catoblepas*, n° 86, abril 2009.